

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

cuatro de Alcatraz

peter debry





SS

SERVICIO SECRETO



PETER DEBRY

CUATRO DE ALCATRAZ

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.140

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal: B. 16.863 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1972

© PETER DEBRY - 1972

texto

© ENRIQUE MARTIN - 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972**

todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.159. — Pista para pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.134. — Pioneros de Atlantropa.

En Colección BUFALO:

950. — Cazador de apaches.

En Colección CALIFORNIA:

807. — La muerte a la grupa.

En Colección SALVAJE TEXAS:

805. — La ley de los pistoleros.

En Colección COLORADO:

761. — El retorno del fusilado.

En Colección PUNTO ROJO:

525. — Ronda de verdugos.

En Colección ASES DEL OESTE:

663. — La marca del desesperado.

En Colección KANSAS:

720. — Banda de embrujados.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

3. — La piel del cazador.

En Colección BRAVO OESTE:

550. — Dos para un patíbulo.

CAPÍTULO PRIMERO

La noche era bochornosa. Ni un soplo de aire movía las hojas de la exótica flora expuesta como en un escaparate en aquel ático de San Francisco.

En las salas, los ventiladores pugnaban por renovar el aire viciado por los fumadores que se apiñaban alrededor de las mesas de juego.

Burt Forbes, el *croupier* a cuyo cargo estaba la ruleta grande, se pasó por la frente su pañuelo de seda. Hizo una señal a su compañero de relevo, y salió a la terraza, porque acababa de ver al dueño del club Merriman, abandonar una de las mesas de póquer.

Malcolm Blending, dueño del club, encendía un cigarrillo mentolado cuando Burt Forbes se le acercó.

—Hola, patrón. Quisiera hablar contigo unos minutos.

—Lo podríamos dejar para otra ocasión, Burt. La noche está tormentosa, y me parece que, por la expresión que traes, no estás de humor.

—Mejor es hablar claro, patrón.

—Si tanta prisa te corre, iremos a mi despacho. Tengo sed.

En el cómodo despacho, Blending abrió una licorera.

Cogiendo una garrafitita de pesado cristal tallado, se escanció un licor ambarino.

—Tú dirás, Burt.

—Yo siempre he jugado limpio contigo, patrón.

—Por eso llevas cuatro años en mi club.

—Procedo de eso que llaman una familia distinguida.

—Por eso mismo atraes a mi club gente de la alta sociedad. Y por cada conocido o conocida de tus relaciones que me traes, te doy el veinte por ciento...

—No demos más rodeos, patrón. Jessica me quiere... ¿Por qué le has ordenado a Jessica que no tenga más tratos conmigo?

—No te gustará oírlo, pero puesto que lo pides, allá va. Tú eres un buen *croupier*. Nada más que eso. Un buen *croupier*.

—¿Poca cosa para aspirar a ser el cuñado de un patrón de garito?

—Mi hermana Jessica es casi una niña. Muy impresionable, y ha sucumbido al atractivo físico que emanas. Tengo que recordarte que muchas de las damas que vienen aquí invitadas por ti, te han

regalado pitilleras, corbatas y hasta anillos y relojes. ¡Uf, qué calor!

—Jessica me quiere. Pretendo casarme con ella.

—Jessica es menor y está bajo mi tutela. He decidido enviarla a Europa. Tú eres un cerebro, Burt. Continúa con tu labor, y olvida a mi hermanita. Y un buen consejo. Déjala. Agradéceme que no te haya zurrado por olvidar que Jessica es una mujercita fina y delicada, muy por encima de tus bajos cálculos de rufián elegante...

El siempre impecable Burt Forbes acababa de desabrocharse el cuello, arrugado por el sudor.

Al oír las últimas palabras de Blending le pareció que la tormenta que no descargaba, acababa de iluminar con un fugaz resplandor el despacho.

Aquel chispazo le hizo engarfiar la mano alrededor de la garrafitita.

Su cerebro calculador y siempre lúcido, se espesó como si las nubes bajas y obesas que cubrían el cielo penetrasen en su cráneo.

Despreciativamente, le volvía la espalda el dueño del club.

Forbes tardó en comprender lo que había sucedido en segundos.

Vio entre sus dedos el gollete de la garrafitita, estallada, al romperse contra la cabeza de Blending.

El licor pegajoso untaba sus manos, mezclándose a otro líquido también pegajoso y rojizo.

Seguía la tormenta nublando su cerebro, cuando le colocaron las esposas, y empujándole lo sacaron del despacho, donde, en la mullida alfombra, de bruces, Malcolm Blending yacía muerto.

* * *

—Será cruel lo que tengo que decirte, Winters, pero nosotros nos debemos a las exigencias del público.

El gran actor Ronald Winters se preciaba de cáustico. Citó:

—Puesto que el vulgo paga, al vulgo hay que dar gusto.

—Sigues siendo el gran actor de siempre, Winters, pero la gente, hoy, más que al mérito atiende a la prestancia juvenil. Los críticos empiezan a satirizar mi teatro, diciendo que persistimos en crear un Romeo asmático, para quien sería imposible subir al balcón de Julieta sin ascensor.

—No tengo asma.

—Has envejecido, Winters.

—Cuarenta y cuatro años.

—En fin, Winters, no lo tomes a mal, pero tengo que renovar la compañía y para esto he convocado a Herbert.

—Un mozo que declama como si vendiera pescado.

—Pero tiene veintisiete años, y firma muchos autógrafos. Créeme que me duele, Winters...

—No te duela. Otros empresarios habrá que me pagarán igual, o más que tú.

—Por la amistad que siempre nos ha unido, Winters, desearía que no me abandones hasta que...

—Comprendo. Hasta que el joven Herbert se familiarice con el repertorio y pase a sustituirme. De acuerdo.

Dos noches después, los espectadores se estremecían ante el verismo con el cual el famoso actor Winters desempeñaba en el escenario su papel de rival en amores con el joven actor Herbert.

El argumento exigía que, al finalizar el segundo acto, los dos principales protagonistas, Winters y Herbert, iniciasen una lucha en la que por un instante, era dominado el más joven.

El público admiró una vez más las portentosas facultades artísticas de Winters, cuyas manos asían la garganta de Herbert, el cual también demostraba ser buen actor.

Se debatía como si realmente estuviera asfixiándose.

Cayó rápidamente el telón.

Poco después salía al proscenio una actriz para anunciar con voz trémula:

—Por indisposición repentina del actor Herbert, la empresa se ve obligada a suspender la representación, rogando al distinguido público se sirva perdonarnos.

El médico forense cerró su maletín en el camerino, después de auscultar al joven actor Herbert. Dijo, fríamente:

—Muerto por estrangulación. Debo dar parte. Buenas noches.

* * *

En la casa de campo de las afueras de la ciudad, un hombre se reclinaba en el marco de la ventana, tratando de refrescarse.

Pero del jardín solo ascendía todo el bochorno de la noche calurosa.

No había más luz que la tenue que a sus espaldas sonrosaba el aparato de radio.

El hombre cerró los ojos para saborear mejor la música. Los abrió repentinamente sobresaltado, cuando le tocaron en el hombro.

Giró rápidamente y al reconocer al visitante, respiró aliviado.

—¡Diantre, Kirk! Me diste un susto... ¿Por dónde entraste?

—Por la puerta. No olvides que tengo llavín.

—Vaya, hombre, hace tiempo que no nos veíamos. ¿No estabas siguiéndole la pista a Dave Cohen?

—La abandoné. El FBI me encomendó otra misión.

—Vaya, hombre, vaya —rio el otro, con falsa cordialidad—. ¿Y qué me cuentas de nuevo?

Kirk Sanders, agente federal, giró el botón apagando la radio.

—He venido a felicitarte.

—Cumplí con mi deber, Kirk.

—Tú y yo somos considerados los mejores agentes de la Móvil. Pero debo reconocer que esta vez me ganaste.

—Les dije que pudo tratarse de un error tuyo. Somos humanos, y no infalibles, Kirk.

—Explícame cómo lograste enterarte.

—Me llamaron para encargarme del caso que tú acababas de dar por terminado. Me serví de tus informes escritos, pero me pareció que habías olvidado un punto importante.

—¿Sí...? ¿Cuál?

—La banda de falsificadores contaba con un elemento que seguía en libertad. Tú lograste apresarlos a todos... menos a una persona.

—¿A quién?

—Escucha, Kirk. Yo tuve que decirlo. Era mi obligación. Lo siento mucho, pero era mi deber. ¿Te han expulsado?

—Sí, pero eso no importa. Un hombre como yo puede servir para toda clase de trabajos. Dime cómo averiguaste el punto que yo había olvidado, al parecer.

—Era muy bonita, y comprendo que preferiste no entregarla, dándole el medio de escapar a Canadá.

—¿Cómo te enteraste?

—Fui al bar donde solías comer. Y allí me dijeron que te reunías con una chica cuya descripción era exactamente la de la mujer que yo averigüé servía a los falsificadores para colocar los billetes.

—Eres todo un cerebro. Pero, ¿cómo diste con su pista?

—Tardé dos meses. ¿Una copa, Kirk? La noche está de miedo.

—Tengo la garganta demasiado seca. ¿Cómo la detuviste?

—Ya sabes que... no la detuve. Cuando me vio... fue una cosa estúpida. Total, hubieran sido a lo sumo diez años de cárcel.

—Pero, ¿qué hizo ella?

—¿No te lo han dicho ya?

—No —mintió Kirk Sanders.

—Pues... al ver que no podía huir, se... se despeñó con su coche.

—Quien mal anda, mal acaba. ¿Y no averiguaste nada más?

—Allí terminó mi misión, Kirk.

—Entonces, tendré que explicártelo. De acuerdo en que la ayudé a escapar. Para los federales soy un traidor, pero lo que ni ellos ni tú sabíais es que, antes de hacerle cruzar la frontera, me casé con ella.

—¡Diantre, Kirk! ¡No sabes cuánto lo lamento!

—¡Tú, qué vas a lamentar! No eres más que un perro de presa.

—Soy como eras, un agente federal, y si mi propio hermano fuera un delincuente, lo detendría.

—Eso era distinto. Me enamoré de ella. Pensé que cuando obtuviese mi permiso de vacaciones, presentaría mi renuncia, yéndome a Canadá. No podía hacerlo antes, sin despertar sospechas. Pero tu cerebro venció al mío. Yo estaba seguro de que nadie descubriría más de lo que yo descubrí y dejé escrito. Has ganado. Te han ascendido a inspector.

—Cuidado, Kirk... ¿No oyes el motor de un coche acercándose? Te habrán seguido, porque te vigilan.

Desde un principio, Sanders mantenía la diestra hundida en el bolsillo de su americana.

En el cielo, un chispazo eléctrico surcó la negrura.

Sanders pareció sacudirse como si el relámpago le hubiera sobresaltado.

En el bolsillo de su americana, el dril agujereado se cercó de negro, ardiendo al paso de la pólvora.

Las siete balas acribillaron al otro agente, mientras la casa de campo era rodeada por los agentes federales.

Kirk Sanders no ofreció resistencia.

* * *

En mangas de camisa, Dave Cohen estrujaba con vigor la perilla del vaporizador cuya boquilla dirigía contra su rostro y cuello, cerrados los ojos.

Eran las dos de la madrugada. El criado chino que atendía el piso de Dave Cohen entró llevando la última edición de la noche.

—Prepárame un baño, Confucio. Mete dos barras de hielo.

—Ya mismo, jefe, ya mismo.

—Deja la puerta abierta, porque estoy esperando visita.

—Al instante, jefe, al instante.

Desdobló Cohen el periódico y leyó los titulares. Le interesaban solamente los reportajes de crímenes y delitos.

«Elegante tahúr, Burt Forbes, liquida a su patrón por rencillas en reparto beneficios».

Al terminar la lectura comentó Cohen:

—Un imbécil. Ahora irá a la silla de los calambres, y todo por un mal minuto. Eso es lo que les pasa a los que no son como yo, que desde crío aprendí a dominar mis impulsos. Le llorarán muchas damiselas a Burt Forbes, y sobre todo, muchas damas otoñales.

—¿Manda, jefe, manda? —preguntó el criado chino, entrando.

—No hablaba contigo, Confucio, sino conmigo. ¿Está el agua helada?

—Mucho, jefe, mucho.

Terminado el baño, vistióse Cohen un batín de seda calzando unas babuchas, y tendiendo el oído, le señaló al chino las habitaciones posteriores, mientras él se encaminaba al salón.

Un hombre alto, encorvado, con gafas, y expresión astuta, estaba examinando los volúmenes de la pequeña biblioteca. Se volvió sonriente.

—Encontré la puerta abierta, Dave. Tus lecturas son graciosas: Julio Verne, Salgari, Sabatini, Visconti, Stevenson, y demás creadores de aventuras de épocas pasadas. ¿No tienes bastante con las que vives?

—No te he llamado para discutir sobre literatura, abogado. ¿Quieres una copa?

—Bueno. ¡Vaya noche! ¿eh, Dave?

—Cargada de electricidad, abogado. Sírrete lo que prefieras. Hace cinco años que me guardas las espaldas para evitar que las ponga contra el respaldo de la silla de acusados. Eres fisto, casi tanto como yo, y te he pagado siempre bien, ¿no?

—No tengo queja, Dave. ¿A qué viene todo eso y tu misteriosa cita?

—Sabes que nunca he usado pistola cargada. La he llevado siempre vacía, para, en caso de que me cogieran con las manos en la masa, que no me endilgasen una condena fuerte.

—Lo sé. ¿A qué viene todo eso?

—Te repites como Confucio, abogado. Y eso que eres un tipo de los elocuentes. Escucha, abogado... Yo soy un tío, claro. ¿Cuántos años tienes ahora?

—Cuarenta y siete.

—Si quieres cumplir cuarenta y ocho, juega limpio conmigo, abogado.

—No te comprendo, Dave.

—Hay una chica que está loca por mis huesos. Me ha advertido que hay un soplón que por venganza, ya que le eché de mi pandilla, piensa irle con el cuento a la policía. Pero nada podrá sin tu ayuda. Es decir, nada podrá si tú no le facilitas las pruebas.

—¡Parece mentira, Dave! Después de cinco años de servirte fielmente, ahora me vienes con sospechas.

—Yo no sospecho, sino que juego siempre al paño que toca. Mi chica le está sonsacando al soplón, y, al parecer, este tiene guardados diez billetes de los grandes para dártelos si colaboras con él en la delación que me podría costar diez años de «chirona».

—¡Parece mentira, Dave...!

—Pero puede ser verdad. Mira, abogado, te he llamado a esta hora, precisamente a esta hora, porque estoy esperando una llamada de mi chica, que le habrá ya sonsacado la verdad al bicho rastrero. Tú estás aquí para eso, para quedar limpio o lleno de porquería. De lo que me diga mi chica, depende que salgas por tus pies o con los pies por delante.

El abogado forzó una risa. Se pasó el pañuelo por la nuca y después por entre el cuello de la camisa, y dijo, con aparente jovialidad:

—Sudo, pero es por el calor que hace, Dave.

Tres habitaciones más allá, el criado chino consultó su reloj. Era ya la hora para realizar la extraña orden de su amo.

Descolgó el teléfono que comunicaba con el aparato que estaba sobre la mesita, al lado de donde se sentaba Dave Cohen. Marcó unas cifras, para producir el tintineo requerido.

Cohen, con exagerada lentitud alzó el aparato aplicándose el auricular al oído, fijos los ojos en su abogado.

—Aquí Dave. ¿Quién?

El criado chino, cumpliendo las instrucciones recibidas, se había colocado un pañuelo ante los labios, y hablaba agudamente:

—Soy yo, jefe.

—Hola, hola, preciosa. Me tienes sobre ascuas. Aquí está precisamente mi gran amigo el leguleyo. Habla pronto, para que deje él de sudar como un pollo al horno.

El criado chino se limitó a bisbisear frases sin sentido, mientras, oyéndole, Cohen, como si estuviera escuchando algo molesto, fruncía las cejas y mordíase los labios, como si reprimiese un furor creciente.

El abogado avanzó una mano.

—Oye, Dave. No prestarás crédito a las calumnias que...

—¡Cierra la boca! No, tú, no. Sigue, preciosa.

El abogado no pudo resistir más. Miró en derredor como un animal acorralado.

Al ver que Cohen colgando, introducía la diestra en el abultado bolsillo del batín, fue retrocediendo lentamente.

De pronto, dando un salto de costado, sacó una automática con la que encañonó al pistolero.

—No muevas ni una mano, Dave, o te frío a tiros.

—¡Cochino traidor! ¿Conque te ibas a ganar diez mil vendiéndome, Judas? Eras un mísero picapleitos de poca monta y cenabas con un café con leche y pan, cuando te asalarié, dándote por semana lo que, de no ser por mí, no hubieras ganado ni en veinte cochinos años.

Levantóse Cohen, avanzando hacia el abogado que, pistola en mano, retrocedía hacia la puerta abierta.

—¡Quieto, Dave, o te acribillo!

—Esta pistola, que guardas en tu biblioteca, la hice descargar por la chica que vive contigo. Te ha puesto cartuchos sin plomo. Ella es la que me insinuó la posibilidad de que tú me jugarías una mala pasada. Y quien me ha telefoneado es mi propio criado chino. ¿Pensabas engañarme a mí, sabandija? Anda, dispara, leguleyo, aprieta el gatillo... ¡Venga!

Frenéticamente, cuando el pistolero distaba solamente tres pasos, el abogado pulsó repetidamente el gatillo. Solo se oyeron una serie de «clics» metálicos, y ridículos taponazos inofensivos.

Los puños de Cohen pegaron con matemática precisión al mentón, al estómago, a la sien y a la carótida.

Se desplomó el abogado y Cohen silbó, mientras, agachándose, cargaba sobre su hombro el desmadejado cuerpo. Apareció el criado chino.

—Aquí tienes al hombre que te pegó con un látigo cuando te sorprendió haciéndole el amor a su chica. ¿Sabes lo que voy yo a hacer con él, Confucio?

—Matarlo, jefe, matarlo, antes que pueda perjudicarte.

—Eso es. Más vale prevenir que curar. Pero las cosas hay que hacerlas con pupila.

Estaban ya en el cuarto de baño. Cohen dejó caer al inanimado abogado en la bañera llena de agua jabonosa. Quedó invisible bajo el agua.

Miró Cohen su reloj de pulsera.

—Cuando hayan pasado diez minutos, sácalo del agua. Mientras, voy a vestirme.

Cohen se vistió rápidamente. Fue a recoger la pistola del

abogado, en el suelo. La cogió con un pañuelo y se introdujo con la mano enguantada, seis balas, procedentes de la cajita de municiones del abogado.

Llegó al cuarto de baño, donde inclinado, el criado chino miraba con sádica satisfacción al que seguía inmóvil, definitivamente, bajo el agua.

—Bien. Un crimen perfecto, Confucio. Solo tú podrías delatarme.

Apretó tres veces el gatillo, y la pistola provista de silenciador, emitió tres silbidos que repercutieron en la garganta, pecho y vientre del criado chino.

El oriental, dilatados los ojos, fue cayendo lentamente, como si se arrodillase. Murmuró Cohen:

—Lo siento, Confucio, pero primero yo, después yo, y siempre yo.

Colocó la pistola junto a la bañera. Salió de su piso por la escalerilla de incendios, y en su coche paseó media hora.

Cuando, de regreso, iba a penetrar en el ascensor, se quedó inmóvil al sentir contra su espalda un punto duro presionando.

—Alza las manos. Cohen —conminó el teniente detective—. Esta vez te has caído con todo el equipo.

El otro detective aplicó rápidamente en la muñeca levantada del pistolero el aro de las esposas. Sonrió Cohen:

—¿De qué se me acusa, muchachos?

—Uno de los que te ayudaron en el atraco al Sunset Bank acaba de chivarse.

—Calumnias —replicó Cohen, displicente.

—Tiene la declaración escrita y firmada por tu abogado, Cohen. Y a propósito, ¿no sabes lo que ha ocurrido mientras estabas fuera?

—¿Qué?

—Tu chino, el que una vez se peleó con el abogado, se lo ha cargado.

—¡No me digas...! —sonrió con zumba el pistolero—. ¿Confucio? ¿Conque fue a buscarlo a lo macho?

—En tu piso. Ha quedado claro. El chino le pegó, pero antes de caer en la bañera donde se ha ahogado, el abogado le soltó tres tiros.

Encogiéndose de hombros, sentenció Cohen:

—Siempre afirmé que es mala cosa dejarse llevar del impulso y emplear pistola cargada. Bueno, pasará una temporada a la sombra.

CAPÍTULO II

La prensa los calificó, respectivamente: «Dos intelectuales y dos tunantes que se pasaron de rosca».

El delito que a tres de ellos les iba a costar extinguir una larga condena en el presidio de Alcatraz tenía la atenuante de «arrebato pasional» que fue el argumento básico de la tesis defensiva, para evitarles la silla eléctrica.

En cuanto al cuarto, como dijo un reportero: «Dave Cohen, atracador, granuja listísimo, pero incapaz de matar».

Debido a que los tres primeros cometieron su delito en fecha coincidente con las vacaciones de los Tribunales de lo Criminal, y Dave Cohen fue delatado en este intervalo de reposo, los cuatro fueron juzgados en la semana de reapertura.

Los cuatro ingresaron juntos en el presidio de Alcatraz, pasando a ocupar una misma celda, desde la lancha motora que les condujo a la isla.

Después de los trámites rutinarios, y ya vistiendo la ropa gris con un número cosido en la tela de la guerrera y en el gorriilo, ingresaron en la celda.

Iguales en apariencia dentro de la tosca y holgada ropa gris.

Apenas se alejó el celador que había cerrado con llave la cancela, el primero en hablar fue Burt Forbes:

—Bienvenidos seamos a nuestro nuevo hogar. Me pertenece presentarme por ser el más joven. Me llamo Burt Forbes, tengo veinticuatro años atrás y veinte por delante a cumplir aquí dentro. Creo también oportuno explicarles el motivo por el cual gozo forzosamente de su compañía...

—¡Oh, cállese ya! —rezongó Kirk Sanders.

Se había tendido ya en la litera después de comprobar que el número cosido en su guerrera correspondía al que estaba grabado en el hierro de la litera empotrada.

—¿Por qué ha de callarse? —intervino Dave Cohen, sentado al borde de su litera—. Distender los ánimos es conveniente. Sigue hablando, Forbes.

—Un momento —atajó el que hasta entonces había permanecido callado—. Si cada uno explica su propio delito, según su propio punto de vista, incurrirá en inconscientes adornos. Propongo, pues, que los de las literas emparejadas, expliquen cada uno el caso del

otro, según se desprende de la lectura de la prensa que pudimos recoger en las celdas de comisaría. Empezaré yo.

Ronald Winters se levantó para pasear los cuatro metros de largo y los dos de ancho entre las cuatro literas superpuestas a cada lado en pareja.

El benjamín de esta selecta reunión es Burt Forbes, rubio platino, cándidos ojos azules, *croupier* del Club Merriman, acusado de haber dado muerte al patrón del club en discusión surgida por cuestión de intereses, discusión tanto más lamentable cuanto que el patrón del elegante garito era hermano de la mujer a la que Burt Forbes deseaba honradamente. La defensa alegó arrebato pasional. El delito no era premeditado, ya que Forbes agarró lo primero que le vino a mano en aquella noche bochornosa. Una garrafitita de licor. El fiscal presentó al joven Forbes como un agraciado mancebo disfrutando de enorme aceptación entre las damas. En el jurado había dos damas que habían dejado atrás la cuarentena. Tal vez el factor edad intervino despertando en ellas instintos maternos. El caso es que Burt Forbes no se sentó en la eléctrica, siendo sentenciado a veinte años. Su turno, Forbes.

Forbes saltó de su litera, y el actor se acomodó en la suya.

—No podré igualar el estilo declamatorio del gran actor Ronald Winters, que lleva más de veinte años desempeñando papeles de galán joven. He leído no sé dónde que los hombres de verdad tratan de ser tanto más irónicos cuanto más desesperados están. Tenemos el privilegio de compartir la presencia de Ronald Winters, nuestro mejor actor. Una de mis novias casuales, que era incapaz de darle ni un hueso a un perro hambriento y moribundo, lloraba a lágrima viva cada vez que veía a Winters interpretar las últimas escenas de Romeo. ¿Qué edad le puedo declarar, Winters?

—La prensa especificó treinta y seis. Debuté a los catorce. Mi físico puede dar fe.

—Demos fe. Ronald Winters cometió un extraño delito. Mimado del gran público, percibiendo excelente paga, soltero, en magnífica salud, estranguló en escena a un actor. Fue una escena demasiado a lo vivo...

—¡Basta ya! —estalló Kirk Sanders—. ¿Se creen graciosos? ¿Piensan acaso que adoptar esta actitud cínica les hace ser superhombres? ¡Cállense ya! Somos unos presidiarios marcados con un número... ¡y esto es todo!

El actor Winters se encogió de hombros. Forbes sonrió desagradablemente a la vez que decía:

—Siempre pensé, y ahora lo compruebo con exactitud, que los

policías carecían del más elemental sentido del humor. No crispe así los puños, agente Sanders. Todos estamos excitados y con los nervios a punto de estallar. No hemos elegido el estar juntos, pero tenemos mucho tiempo por delante para acostumbrarnos a la idea de congeniar o soportarnos mutuamente. Es preferible conllevarnos, y ¿para qué andar con disimulos o permanecer mudos?

—¡Háganlo de otro modo! ¡Como hombres que lamentan lo sucedido y no vanagloriándose de ello!

—Lo siento, pero si de nuevo tuviera que hacerlo, lo haría —afirmó Forbes—. Tal vez usted no pueda decir lo mismo, agente Sanders.

Sanders saltó de su litera, puños en ristre, pero el que ocupaba la litera de abajo, se interpuso tendiendo el brazo:

—No sea niño, Sanders. No se deje llevar por el primer impulso. ¿Vamos a pelear como vulgares presidiarios camorristas? Y se acabaron tantas ceremonias. El tuteo es la norma de la casa. Oye un aviso, Forbes. Aquí nadie es juez de nadie, ¿estamos?

—No era esta mi intención.

—Bien. Procuremos hablar como lo que somos. Cuatro tipos considerados poseedores de un buen cerebro. Yo, Dave Cohen, te cedo la palabra, Sanders, y que conste que no te tengo rencor.

Sanders miró por un instante con recelo a Cohen, y por fin dijo:

—Reconozco que me he dejado llevar por los nervios. Tienes razón, Cohen, al invitarme a no desentonar.

—Te he invitado a definirme.

—Ya que insistes, puedo garantizar que eres un granuja listo.

—Si fuera tan listo no estaría aquí —rebatió Forbes.

—Resbalar una vez es cosa de hombres que caminan, amiguito. Yo resbalé porque no maté a tiempo a mi hombre de confianza. No es bestial lo que digo, Sanders, por cuanto mi hombre de confianza era un completo cochino.

—¿Era...? Es —corrigió Forbes.

—Sé lo que me digo, amiguito. Hice yo muchos favores, y a estas horas ya habrá quien haya liquidado al que me delató.

—Lo que no comprendo, Cohen, es cómo te condenaron solamente a perpetua —dijo Sanders.

—La única prueba que pudieron demostrarme fue la de mi participación en el asalto al Sunset Bank, en el que murió uno de los cajeros, que intentó hacer funcionar la alarma. La bala que lo mató pudo haberla disparado cualquiera de las cuatro pistolas que allí asomaron para imponer respeto.

—¿No era la tuya?

—Hasta los niños de teta saben que yo nunca cargué con balas mi pistola. Me bastaba con enseñarla. Pudieron demostrar que tomé parte en el asalto. A otro le hubiera costado diez años. A mí, perpetua, por el aquello de «ya que estás en las mallas, te apretamos la red». Y si no hubiera sido por el chivato, yo no estaría aquí. ¿Qué te pasa, Sanders?

—Estoy pensando en la doble muerte de tu criado chino y del tramposo abogado.

—¿Qué te parece, eh?

—Que fueron dos muertes muy oportunas para ti.

—¿Por qué?

—Ambos, apretados en el interrogatorio, hubieran podido decir muchas cosas aparte del atraco al Sunset.

—Ah... Estos policías siempre pensando mal. No es necesario matar para vivir, Sanders. Además quedó demostrado que no tuve arte ni parte en este doble y mutuo asesinato. Bueno, yo a ti no te tengo rencor, pese a que estuviste dos meses acechándome disimuladamente, siguiéndome los pasos.

—Recibí la orden, porque te creyeron complicado en un asunto terrorista.

—Todos teníamos que ganarnos la vida de un modo u otro, Sanders. Ya vamos entrando en calor cordial. Por eso mismo me revienta tu sonrisita burlona, amiguito. ¿Estamos, Forbes?

Mostró Forbes las rejas y las tres paredes, replicando:

—Estamos convertidos en presidiarios de Alcatraz, y no veo la razón por la cual ninguno de nosotros pueda ni tenga capacidad para sentirse con ínfulas de mandón.

—¿No? Ven acá, amiguito... Sí, hombre, te hablo a ti, jovenzuelo irrespetuoso. Acércate. ¿Tienes miedo?

—¿Yo, miedo? —trató de sonreír Forbes, adelantando el busto—. Ya no eres el pistolero Cohen, sino el número 4.671.

Cohen hizo un gesto amagando un claro golpe con la izquierda, y cuando Forbes se ladeaba para esquivarlo, le asestó un rodillazo en pleno estómago.

Forbes inclinóse hacia adelante, gimiendo.

La diestra de Cohen le tapó la boca, y el pistolero, inclinándose, le habló en voz baja, casi afectuosamente:

—Para ti soy el mandón, el jefe, el mandamás, Burt. Te lo incrustas bien en la mollera, ¿estamos?

Con la mano que le cubría la boca le empujó hacia arriba, obligándole a sentarse en la litera.

—Cuando recobres la respiración, puedes bramar llamando. Acudirá el guardián galopando. Chívate... Anda, dile que te he zumbado.

Aplicadas las manos sobre el estómago, miró Forbes sombríamente al pistolero que ahora parecía muy divertido.

—¿Te pasa algo, Burt?

—No... Nada.

—Hazme caso, Burt, y si te portas bien saldrás ganando. ¿Acaso te crees que yo voy a pudrirme aquí? Tomé mis precauciones para un caso como este, ya que todo hay que tenerlo previsto, y tengo muchas relaciones en el exterior, muchas... Dilo, Burt, di lo que piensas. Palabra de un rufián a otro que no te volveré a zumbar por lo que digas ahora. Tienes mi permiso.

—Presumes para imponerte. Siempre te gustó gallear y mandar. Quieres hacernos creer que puedes escapar de aquí. No repitas esta gran hazaña de golpearme. Cohen, porque... o si no...

—¿Se lo dirás al alcaide?

—Tal vez.

—No seas majadero, Burt, y si te portas bien, saldrás ganando. Tu cerebro es el más endeble de los cuatro, pero tienes dos cualidades buenas para mis planes. Pareces un chico de buena familia, y las enamoras fácilmente. Podrás servirme. ¡Ahora, calla, mientras hablan las personas mayores!

Forbes se calló, conteniéndose, porque empezaba a vislumbrar la esperanza de no cumplir la condena.

El actor Winters tendido boca arriba en su litera, parecía dormitar. Dijo:

—Muy interesante tu actuación, Cohen. Te he encontrado un solo defecto estético. Al golpear al benjamín, bizqueaste de un modo espantoso.

—Un defecto de nacimiento. Me pasa siempre que voy a pelear. Por lo tanto, ya lo sabes. Si me ves ponerme bizco, apártate, por si las moscas.

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué cualidades buenas has encontrado en mi personalidad?

—Una y principal. Por tu oficio tanto puedes ser un honorable pastor protestante como un diplomático árabe. Vamos al grano. Hoy, es viernes, catorce de mayo de mil novecientos treinta y nueve, fecha que puede ser para los cuatro de importancia decisiva. Filosofemos... ¿Somos carne de presidio nosotros cuatro, pregunto yo?

—Tú, tal vez. Yo, no —replicó el actor—. No te pongas bizco,

Cohen, porque tengo los ojos cerrados y no me daría cuenta.

—Tiene gracia el cómico ese —rezongó Cohen—, pero sin abusar, ¿eh?

Intervino Sanders con gesto de infinito cansancio:

—Si se trata de intentar una fuga, olvídalo, Cohen. A mí me vigilan especialmente casi tanto o más que a mismo.

—Tú llevabas bigote al entrar, y aunque te lo han afeitado, estarás dispuesto a jugártelo, ¿no? Nada de niñerías ni bobadas, sino un plan seguro.

—¿Para qué nos cuentas tu plan a nosotros tres? Nos acabas de conocer.

—¡Qué va! Os conozco de hace tiempo. A Burt, hace tres años, aunque nunca me digné dirigirle la palabra, porque si es posible no alterno con mocosos.

—Tú no tienes más de treinta años... jefe.

—En tacos de calendario, treinta exactos, pero en experiencia cuentan el doble. Y por esto mismo sé que tú vales en una banda de cuatro cerebros bien organizados, administrándote yo los talentos.

—¿Ya mí, de qué me conoces, Cohen?

—A ti, actor, te he visto trabajar, y recuerdo que cuando te vi representar el papel de un ingenuo ricachón maduro, me dije para mi capote que serías muy útil en una banda montada por todo lo alto y con pretensiones.

—Gracias por tu buena opinión.

—En cuanto a ti, Sanders... pues, te tuve pisándome los tacones y me hablaron de tus éxitos como federal. Quien supo cazar a los muy listos, sabría evitar que le cazasen.

—Supongamos, y siempre en el terreno de las hipótesis, que lográramos salir de aquí, Cohen. ¿Qué es lo que te hace creer con tanta firmeza que, por lo menos yo, formase parte de tu banda?

—Muy sencillo. Estamos ya descalificados para vivir normalmente. No te resignarás a cumplir los treinta que te han endilgado. Tienes riñones y los federales lamentaron mucho tu patinazo, porque eres uno de sus mejores elementos. ¿Qué te pasa, actor?

—Otro punto flaco en tu representación muy sentida del jefe de banda aleccionando a sus futuros pandilleros.

—¡Venga! ¿Cuál?

—Demos por hecho que valiéndote de alguna amistad segura exterior o interior, consigues escapar y nosotros tres contigo. Cualquiera de nosotros tres podría ser luego indultado, simplemente con proporcionarle a los federales la captura de los

otros fugados.

—Oye, actor, ¿es que me crees un *gangster* de esos de pega que sueltan groserías y escupen por el colmillo en los tablados de teatro? Mientras estábamos en la lancha fui formando una magnífica banda en mi magín. Bastaría un solo golpe bien madurado y a vivir hasta el final de nuestros días, tranquila y opíparamente.

—Me complace tu optimismo. Cohen, pero pese a intentar autosugestionarme cerrando los ojos, percibo la frialdad del hierro de las rejas y el lento paso seguro y alerta de los vigilantes, que, provistos de ametralladoras, deambulan por los murallones que están llenos de focos deslumbrantes y sirenas escandalosas.

—Duérmete de una vez. Yo ya he hablado bastante por hoy. Hay una cosa impepinable. La libertad, muy cercana, solo estará al alcance del que se avenga a obedecerme sin rechistar.

Insistió Winters:

—No aclaraste el punto más importante. Si estás seguro de escapar, ¿para qué nos necesitas?

—A solas tendría mucho trabajo y me sería difícil organizar una banda tan perfecta como la presente. Y no habrá posibilidad ninguna para vosotros cuatro de buscarse el indulto, delatando a los otros, porque lo he planeado de forma que los cuatro «mojaremos», es decir, si alguien se interpone, caerá. Y los cuatro tendremos que matar, seguramente. Por tanto, «mojaremos» los cuatro.

—¿Cuál es tu plan de evasión?

—Te lo diré cuando llegue la hora y me dé a mí la gana, Winters. Chitón y a dormir, que el pitido que está resoplando significa que es hora de callar.

Un silencio absoluto invadió galerías y celdas.

Cada hombre, convertido en un número, procuraba coger pronto el sueño.

De vez en cuando una pesadilla arrancaba gritos angustiosos a algún número.

CAPÍTULO III

Al día siguiente los tres reclusos aguardaban con impaciencia que Cohen se decidiera a hablarles. Pero Cohen dormía profundamente su siesta.

Y en forma inconsciente, los otros tres se acercaron a su litera, cuando Cohen, despertándose, bostezó estirando los brazos.

—Bien, bien —dijo sarcástico—. Parece que soy un tipo muy vistoso durmiendo, ¿no? ¿O es que me espantabas las moscas, Burt?

—Habla ya. Cohen —dijo Sanders—. Los tres estamos dispuestos a todo.

Cohen sentóse en su litera, y habló con voz tenue, aproximadas a su alrededor las tres cabezas de sus futuros cómplices:

—Mañana, a las siete, al entrar en el refectorio para cenar, el celador de la puerta hará la vista gorda, si nos colamos a toda prisa hacia la galería de los castigados.

—¿Está comprado?

—Mi chica le ha ofrecido cincuenta mil dólares, dándole cinco mil de anticipo. En la galería de castigo habrá que tumbar al celador, sin ruido, para pasar al economato.

—¿Y una vez en el economato...? —quiso saber ansiosamente Forbes, mordiéndose las uñas.

—Llegar hasta la puerta de salida del economato en cuestión de pies. El celador comprado habrá dejado arma junto a la balanza romana, en un cajón de higos secos, tal como le expliqué a mi chica, en comisaría.

Inquirió Forbes:

—¿Y sí... si el celador no se ha dejado comprar?

—Entonces, hijito, reza lo que sepas mientras nos mentamos en la galería de los castigados, porque lo que es a mi después de tumbar al guardián, no me cogen vivo.

—¿Y si salimos del economato? —preguntó Sanders.

—Mi chica espera en una canoa motora, en un punto que le indiqué. Estará esperando bajo un arco de puente desde donde la pueden ver las ametralladoras del murallón.

—¿Y nos meteremos mar adentro?

—Eso sería igual a dejarnos cazar inmediatamente por cualquier guardacostas o lancha torpedera. Yo hago las cosas bien o no las hago. En la costa habrá un buen coche esperando, sin chófer. El

único problema radicaré en que nos acribillen en la lancha, y esto dependerá de nuestra maestría acogotar a los guardias del economato y de la galería de castigados. Hay que dejarlos mudos para siempre.

Apuntó con el índice a Winters:

—Hay que estrangularlos, actor. Entendido, ¿no? Estrangular. Nada de ruidos. Ahora os explicaré paso por paso lo que tenemos que hacer, y ha de quedar la cosa entendida y bien engrasada como si fuera un mecanismo de relojería. Si falla solamente la más pequeña piececita del engranaje, adiós libertad, y caeremos todos.

En la pausa que siguió aproximaron más sus oyentes las cabezas.

—La cosa empezará así... Cuando yo me acerque a la puerta del refectorio, si el celador se coloca de espaldas, tendremos ya el primer paso libre. Si no, regresaré a mi lugar. El ponerse de espaldas el celador es la contraseña.

—¿Y si ha delatado tu plan, jefe, y quieren saber quiénes son los que vamos a escapar?

—Pues, ya te he dicho que reces lo que sepas, hijito. Ahora, escuchad atentamente...

* * *

A las siete y veinte minutos, una canoa se deslizaba travesando el corto trecho que separaba la costa de la isla.

Iba pilotada por Meg Terry, la novia de Dave Cohen.

Un dispositivo en el motor ponía sordina al traqueteo de la máquina.

La escoba luminosa del reflector instalado en lo alto de la muralla sur barrió el mar diez metros a popa de la canoa.

Hasta entonces, con serena precisión y después de calcular cada giro de luz, Meg Terry había acelerado o detenido la marcha, para no ser sorprendida por el haz luminoso.

Meg Terry continuó inclinada sobre el volante palanca y poco después entraba la canoa bajo el puente convenido. El más próximo a la salida del economato.

Meg Terry iba contando los segundos, estremeciéndose cuando la suave brisa hacía ondular los tallos de hierba cercanos.

De pronto vio unas sombras agachadas, perceptibles ya por sus uniformes grises a rayas, que avanzaban haciendo susurrar la hierba.

Las cuatro sombras saltaron a la canoa una tras otras.

Sin el menor comentario, Meg Terry volvió a empuñar el volante-palanca, mientras con la zurda le tendía a Cohen, junto a ella, una pistola automática.

—Hola, Meg.

—Hola, Dave.

Los otros tres se tendieron en el fondo de la canoa, que se puso en movimiento.

—Tal como me dijiste, he traído varios «mahones», Dave. Están a popa.

—Id vistiendo los monos, muchachos —indicó Cohen.

—¿Salió bien la cosa, Dave?

—¿No estoy aquí, Meg? Sobra, pues, la pregunta.

—¿Cuántos guardianes...?

—Cayeron cuatro, limpiamente, y para siempre. Así tendremos tiempo de alejarnos sin alarma y hemos «mojado» a guardián por cada uno...

Un repentino estampido rasgó el silencio nocturno.

—¡Dale toda marcha, Meg! —aulló Cohen, quitando el seguro de la pistola.

Otros dos cañones dibujaron círculos rojos en el horizonte. El triple cañonazo en la noche anunciaba la evasión.

Un haz de reflectores barrió el mar entrecruzándose.

—Nos despiden con todos los honores —dijo Cohen—. Saca el máximo, Meg. Ya no importa el ruido, puesto que ellos han descubierto nuestra evasión antes de lo que era de esperar. ¡Alguno de vosotros no le debió apretar bien el gatzate al guardián que le tocó, maldita sea!

La canoa levantó abanicos de espuma, zigzagueando. Fue enfocada por la cola luminosa de un reflector.

Meg condujo en línea recta.

Forbes, tendido en el suelo de la embarcación, gritó nerviosamente:

—¡Nos van a acribillar, Dave! ¡Qué gire el volante como hacía antes!

—Las balas que nos puedan enviar, ya no perforan —explicó Cohen desdeñosamente, en pie, junto a su novia, a proa de la canoa—. Si llegan los balazos, vendrán blandos. Buena chica, Meg. Eres una buena chica. Tranquila y eficaz.

La canoa, más que un bolido lanzado por la propulsión de las hélices, semejava un surco blanquecino cortando la superficie oscura del mar encalmado.

Algunos surtidores diminutos marcaban una pequeña estela tras

la embarcación.

—Disparan —dijo Forbes.

—Es la obligación de ellos —replicó Cohen secamente—. ¿O qué querías que hiciesen? ¿Bailar con las manos entrelazadas celebrando nuestra evasión?

La isla se alejaba cada vez más. Oyéronse unos sonidos semejantes a violentas toses secas.

Sanders y Winters permanecían en silencio. Forbes se arrodilló, y mientras su brazo armado encañonaba a las invisibles, pero audibles canoas policíacas, preguntó:

—¿Dónde está el coche, jefe?

—En Rond Travers. Faltan apenas dos minutos.

Un «floc» repentino junto a la borda alarmó al actor.

—¡Un balazo, Cohen!

Tras la canoa, a media milla de distancia, varios haces luminosos señalaban la creciente ventaja de las lanchas motoras de la policía.

Dos balas arañaron la pulida madera de la popa.

Forbes empuñó un fusil-ametrallador del fondo de la canoa, y sentado, apoyó los dos codos sobre sus rodillas, apuntando hacia los discos luminosos de los reflectores.

Presionó el gatillo repentinamente, hasta que dándose cuenta, Cohen, que estaba al volante, le propinó un taconazo al cañón del arma.

—No seas imbécil, Burt! Dispararles es indicarles hacia dónde vamos. Solo hay que disparar si nos estrechan de cerca y todavía no llegó el caso.

—Rond Travers —avisó Meg Terry.

Cohen miró el brazo extendido de su novia. Siguió la dirección indicada, lanzando la canoa contra la playa.

Cayeron unos sobre otros al chocar la proa contra la arena, empotrándose en ella. El primero en saltar fuera fue Burt Forbes.

En lo alto de la carretera se perfilaba una masa sombría, alargada e inmóvil. El coche hacia el cual se precipitaron los cinco.

Al volante se colocó Meg Terry, y a su lado Cohen.

Atrás se instalaron el actor y los otros dos, mirando por la ventanilla posterior, Forbes, abrazando la culata de su fusil-ametrallador.

El coche partió en raudo arranque.

La primera parte de la evasión se había realizado con éxito.

CAPÍTULO IV

En la playa sonaron con insistencia agudos silbatos, pero el «Studebaker», lanzado a toda velocidad, era ya un punto lejano e invisible cuando los policías llegaron a la carretera.

—Tu técnica ahora, Kirk —pidió Cohen, volviéndose sobre el asiento, y mirando al ex agente—. ¿Qué va a pasar?

—Cortarán la carretera, avisando por radio a todos los puestos de vigilancia hacia el sur y la frontera con México.

—Exacto. ¿Qué te parece, pues, que debemos hacer?

—Me gustaría oír tu opinión, Kirk.

—Abandonar el coche, despeñándolo, y aguardar el paso de algún camión y asaltarlo, para viajar en sentido contrario, hacia el norte.

—¿Por qué?

—Dan por descontado que vamos a México. Vayamos, pues, a Canadá.

—Exactamente lo que tenía pensado, menos lo del camión. Esto no lo pensé, no. Algo mejor. En el kilómetro cuarenta y dos, y nos faltan apenas... ¿cuánto Meg?

—Cinco millas, Dave.

—Mi chica es algo magnífico. Bonita y provista de un cerebro superior. Luego os presentaré. Bien, cuando lleguemos al kilómetro cuarenta y dos, habrá un furgón funerario. Bien, era un furgoneta, pero Meg se ha encargado de que la pinten de blanco, con el letrero de una funeraria nortea de Seattle. ¿Lo hiciste así, Meg?

—Está encerrada en la barraca abandonada que me indicaste, Dave.

—Todo va como una seda, cuando todo se estudia a fondo. Hace ya tiempo que me preparé para este caso, por si me encarcelaban. Y todo lo medité al dedillo. En la choza, con la furgoneta hay dos trajes negros y gorras. Irás tú al volante, Kirk, y a tu lado, yo. Detrás, y no hay ataúd... vosotros tres.

Frenó bruscamente Meg Terry. Estaban flanqueados por praderas y lejanas granjas.

—Tú lo despeñas, Burt. Irás delante de la furgoneta, y en el atajo costero, saltarás a tiempo. Vamos a sacar el funerario.

Poco después, Forbes, al volante del «Studebaker», saltaba fuera, y el coche, dando tumbos, cayó ruedas arriba en la pedregosa playa.

Corrió, introduciéndose en la caja posterior de la blanca furgoneta. Cohen tocó con el codo a Sanders:

—El paso de peligro está ahora delante, si han organizado ya la persecución.

—De momento estarán avisando a todos los pueblos del Sur. Y les entretendrá encontrar el coche bien visible, despeñado. Nos buscarán por los contornos. Creo, Dave, que has hecho bien las cosas. Llegaremos a Canadá.

—Donde quiero llegar es mucho más lejos. A Francia.

—¿Eh...?

—Sí, a Francia.

—Los alemanes están invadiendo Holanda y Bélgica, Dave.

—Por esto mismo. A río revuelto, ganancia de pescadores. Y habrá muchas posibilidades para un gran golpe.

—¿Fondos para llegar a Francia?

—Hace tiempo fui enviando dinero a varias cuentas corrientes. Una en Canadá, otra en México, otra en Cuba. Las retiraré.

—Te atraparán si lo haces.

—Las puse a nombre distinto, y con firma bien aprendida.

—Piensas en todo, Dave.

—Por esto me creo capacitado para darte órdenes, Kirk. ¡Ojo! Hay allí una reunión de faros.

Al final de la recta de la carretera había una decena de motocicletas alineadas con sus motoristas en la cuneta, precedidos por dos coches patrulla.

Repicó Cohen en la madera a su espalda. Por la estrecha mirilla habló Meg Terry:

—¿Pasa algo, Dave?

—Preparados por si acaso. Coged las armas. Pero nada de nervios, ¿estamos?

En el centro de la carretera un motociclista hacía señal de detenerse, agitando los brazos en aspa.

—Hay que parar, Dave.

—Naturalmente que sí —dijo el pistolero algo roncamente.

Se acercó el motorista a un lado de la furgoneta funeraria apoyándose en el reborde junto a Sanders.

—Buenas noches. ¿De dónde vienen?

—De Los Ángeles.

—¿A dónde van?

—A Oregón... Llevamos allá el cuerpo de un ciudadano que...

—¿No se han cruzado con un «Stud» negro, ocupado por cinco personas?

Asintió Sanders:

—Sí. Pero hace ya media hora. Lo cruzamos en el atajo costero, y estaba parado. Había un tipo inclinado sobre el motor. Nosotros no le ofrecimos ayuda, porque debemos llevar...

—¡Gracias! ¡Sigán camino, amigos! —y el motorista corrió a informar a sus superiores.

Dave Cohen respiró ampliamente, cuando ya la furgoneta arrancaba alejándose de motoristas y coches, que se pusieron rápidamente en marcha en sentido opuesto.

—Buen temple, Kirk. ¿Y ahora qué opinas?

—Que tendremos que soltar este coche, pronto. Es muy visible, y les pueden nacer sospechas a los motoristas.

—Cierto. ¿Y qué, si lo soltamos?

—En dos grupos, meternos tranquilamente en dos autobuses de línea, a partir de Silver Place.

—De acuerdo. Yo iré con Meg y Burt. Tú con el actor. Nos reuniremos en Seattle. Allí es fácil pasar la frontera.

Los rápidos coches de línea del Norte transportaron en dos grupos a los fugados.

En Seattle se reunieron, y al anochecer siguiente atravesaban la frontera canadiense.

No se alojaron en ningún hotel, como tampoco lo habían hecho en Seattle.

Alquilaron una caseta de baños en la playa de Vancouver, y durmieron sobre la arena como bañistas deportivos, después de haber pasado por la peluquería y almacén de ropas hechas.

—Sale un «carga» para Marsella, Dave —notificó Sanders al atardecer.

—Es lento.

—Sale un avión para Le Havre. Pero los cinco pasajes cuestan mucho.

—Lo recuperaremos en Francia. Pero no conviene viajar los cinco juntos.

Los otros dos dormían profundamente. Meg Terry, al lado de Cohen, escuchaba con su habitual expresión inalterable.

Era bonita, pero sin calidez humana, como si fuera frígida a toda emoción.

Bajó Cohen la voz:

—En ti fío, Kirk. Viajarás con ellos dos en el segundo avión. En Le Havre te esperaremos junto al aeródromo. Mi chica y yo tenemos ya pasaportes y documentación en regla. Vosotros tendréis que buscaros lo mismo.

Sonrió Sanders con cierta melancolía:

—Reside aquí un californiano que escapó. Falsificaba expertamente cualquier documento. Iré a verlo con estos dos. Bien, Dave, cuenta conmigo. Nos reuniremos en Le Havre.

Despertó Sanders a los otros dos y fueron a vestirse.

Cuando el avión los transportaba lejos del continente, con pasaportes falsos, presentando respectivamente como periodistas a Sanders y Forbes, y como viajante de comercio a Winters, Forbes, sentado junto al actor, comentó:

—Es admirable la chica de Cohen.

—No la admires demasiado, benjamín. No creo equivocarme al suponer que ambos están rabiosamente enamorados.

—No se notaba.

—Por eso mismo. Porque tienen vergüenza de exhibir sus sentimientos.

—¿Y qué vamos a hacer en Francia?

—Aprender francés —dijo Sanders desde el asiento de atrás.

—Yo soy chico de colegio de pago y lo hablo ya.

—También lo hablo yo, y creo que con bastante buen acento —afirmó el actor.

En el avión precedente, Cohen leía la prensa, y en silencio tendió el periódico a Meg, señalando con el dedo un párrafo:

«Los dos guardianes supervivientes, de la galería de castigados y del economato del presidio de Alcatraz, fueron los que dieron la alarma, al reponerse de la agresión de los cuatro forajidos».

Le miró ella. Reclinado contra su hombro, murmuró Cohen:

—Sanders y Winters no cumplieron. Tenían que estrangular.

—Tal vez con la prisa...

—Posiblemente. Pero el actor ya había practicado una vez, y Sanders es fuerte. Si son sentimentales tendré que aleccionarles. Un poco más y falla la cosa.

—¿Les necesitas en Francia?

—Sí, hasta que dejen de servir. Entonces les suprimiré.

CAPÍTULO V

Era un mes apacible, tibio, el que iluminaba el suelo francés a finales de mayo de 1940. Pero se observaba una tensión inquietante en todos los semblantes.

Las fuerzas alemanas atravesaban con sus «Panzers Divisionen», el suelo belga.

—La avalancha es incontenible —comentaba un estratega de café.

—La Línea Maginot les parará los pies.

—Nuestro espíritu no es el de 1914. No queremos morir por Dantzig.

Estos eran los comentarios de la calle. En las altas esferas también se opinaba, aparentando algunos un falso optimismo, y otros demostrando sinceramente que lo único que les preocupaba era ponerse a salvo con sus riquezas.

Este último caso era el corriente en la ciudad de Dijon, capital del departamento Costa de Oro, al nordeste de Francia. La proximidad de los departamentos del Alto y Bajo Rhin, infundía pánico, por ser estos departamentos los caminos lógicos para la invasión alemana.

Y la hija del banquero Epinal, el prohombre de la ciudad, deseaba obtener ánimo que entresacaba de la conversación que sostenía con el periodista norteamericano Burt Corbet.

Para ella, Burt Corbet era el genuino representante de una raza sencilla, sincera y emprendedora.

Le había conocido en un baile dado en la casa de una familia amiga. Desde entonces, y aunque solo hiciera cinco días que se trataban, Maribel Epinal sentíase muy enamorada del apuesto y correcto yanqui.

—Mi padre está muy preocupado, Burt.

—No veo la razón. Los alemanes están aún muy lejos.

—Pero si irrumpieran de pronto, bloquearían todos los fondos monetarios depositados en el Banco de mi padre.

—Esto tiene un fácil remedio, y seguramente ya tu padre habrá pensado en ello.

—Sí, ha hecho cargar un camión blindado con todo el oro y nuestras joyas, para estar preparados a partir del primer toque de alarma.

—Entonces, ¿por qué te preocupas, Maribel?

—Tengo miedo.

—Bah... Suiza no está lejos.

Burt Forbes llegó triunfante a la hora del almuerzo a la fonda, donde se alojaban los demás componentes de la banda.

—¡Ya está, jefe! —anunció eufórico, tras cerrar la puerta, y entrar en la serie de habitaciones que ocupaban—. Yo...

Cohen alzó la mano, imponiendo silencio a Forbes.

—No es preciso que yo mismo me alabe, pero tenéis que reconocer que mis predicciones eran ciertas. Esta ciudad, por su cercanía a la zona alemana y suiza, era la ideal. Ronald, buen actor, supo, como hombre aparentemente muy respetable, ganarse la simpatía de la señora Thierry, que es la que respalda las reuniones sociales. Ronald presentó a Burt, y este, cumpliendo mis indicaciones, cortejó a Maribel Epinal. Ahora llegamos al punto importante del gran golpe. ¿Qué te ha dicho la chica Epinal, galán?

—Un camión blindado, cargado de oro y joyas, espera a salir arreando para Suiza, apenas suene la alarma anunciando la entrada de los simpáticos alemanes, que sin darse cuenta van a ser nuestros cómplices más efectivos, y...

—Frena, Burt. ¿Dónde está el camión?

—En el Banco.

—Bien. Vete a comer con Ronald. Discutiremos el asunto, Kirk, Meg y yo.

El actor se levantó, yéndose al comedor con Forbes.

Cohen bajó la voz, mientras Meg se colocaba junto a la puerta de acceso a la habitación.

—Oye, Kirk, nosotros hemos estado seis días encerrados aquí. Ahora, ¿crees que necesitamos a los otros dos?

—No. Cometen imprudencias. Bastante has hecho por ellos, facilitándoles la huida de Alcatraz.

—De acuerdo. Mi plan es el siguiente... Ahora ya sabemos que hay un camión blindado lleno de oro y joyas, a punto de salir del Banco, apenas suene lo que aquí llaman «tocsin», la alarma que daría la campana especial de la catedral.

Divertido, sonrió el pistolero:

—Esta campana la hará sonar Burt. ¿Qué pasará?

—Inmediatamente el blindado saldrá del Banco camino de Suiza.

—Exacto. Acribillar al del volante, resultaría fácil en medio del barullo.

—A menos que el banquero haga escoltar el blindado:

—Es posible. Para esto ha estado preparando Meg un buen surtido de piñas lacrimógenas. Y tenemos las tres caretas de gases, gentilmente donadas por la alcaldía a los habitantes y transeúntes alojados. ¿Ves mi idea?

—Por el momento, no.

—Obtendremos fácilmente dos motos. Meg ha conquistado ya a dos agentes motoristas, muy galantes, que está rivalizando por «castigarla». Les dará una cita, a diez minutos de intervalo, en el parque, esta noche, a las nueve. Allí les aguardaremos, y tendremos así los dos uniforme y documentos de filiación que llevan siempre encima. Después, a la hora que yo le diga, Burt hará sonar el «tocsin».

—¿Y Ronald?

—Le haré esperar con una supuesta misión en la segunda carretera, por dónde no pasaremos.

* * *

Burt Forbes pestañeó:

—¿Crees fácil subir al campanario, jefe?

—Lo hace el sacristán, y tú vales más que un sacrista Burt. Ya te he indicado cuál es la campana que del hacer sonar. Bastará que la sacudas unas diez veces. D pues huye a reunirse con Ronald en el lugar que os he ser lado. Por allí pasaremos a recogeros. ¡Venga, ya es allá!

Marchóse Forbes, alejándose del rincón del parque, donde dos agentes motoristas yacían amordazados y en bastante mal estado.

Meg Terry se encaminó hacia el lugar que le señaló Cohen.

Sanders y Cohen, vestidos ambos con los uniformes recién quitados a los motoristas, llevaban una bolsa al costado.

Contenía doce bombas lacrimógenas de pequeño tamaño, pero de gran radio de acción.

Colgada a la espalda la bolsa de la careta antigás, comentó Sanders:

—Puede Burt sospechar, y puede que no repique el «tocsin».

—Lo hará, porque si no lo hace a la hora exacta, sabe que yo le repicaré fuerte.

La ciudad dormía, cuando Cohen y Sanders pusieron en marcha las dos motocicletas pertenecientes al servicio militar francés de carreteras.

Las detuvieron en la confluencia de la carretera general con la primera de acceso a la frontera suiza.

Lejos, en compases agitadamente fúnebres, resonaron los toques de la campana que desde la Edad Media servía en los pueblos franceses para avisar la presencia de enemigos.

—Bien, Kirk, a lo nuestro. Es muy posible que dentro del blindado vaya algún guardián armado.

—Lo averiguaré.

A poca marcha tomaron ambos dos direcciones distintas, controlando primero sus respectivos cronómetros.

Sanders se dirigió hacia la ciudad, mientras Cohen emprendía la ruta hacia la frontera.

La mayor agitación reinaba en las calles y casas de Dijon. Coches que emprendían la marcha hacia el sur. Familias enteras agrupándose para abandonar la ciudad.

Del Banco Central salió el camión blindado, y tras él dos coches conteniendo a la familia Epinal.

Al cruzar el último puente de la ciudad, un motorista detuvo el blindado.

Kirk Sanders manifestó que por ser asunto del Estado Gobierno francés, el camión debía ser escoltado hasta atravesar la frontera.

Replicó el banquero:

—Con sumo gusto, mi buen amigo. Aunque en estos momentos ningún francés piensa en asaltos.

—Es poca vigilancia la de un guardián al volante y otro al lado, señor Epinal.

—Pero son dos valientes funcionarios, y bastan ahora en que usted nos dará también escolta.

—Por el camino encontraremos a mi compañero de patrulla. También él les escoltará conmigo. ¡Adelante, compañeros! —indicó Sanders a los dos del blindado.

Retrepándose en su asiento, el banquero sintióse tranquilo. Su hija hizo un comentario acertado:

—Este policía del tráfico tiene un acento horrible, para.

—Debe ser del Sur, o tal vez auvernés.

—No, no... Era un acento nasal, como de yanqui hablando francés, y muy mal.

—Siempre estás pensando en tu yanqui. Ya lo encontrarás en Suiza, chiquilla.

El que iba al volante del blindado pisaba a fondo el acelerador, siguiendo la gran velocidad a la que Sanders llevaba su moto.

Los faros iluminaron al motorista que avanzaba en sentido contrario cuando distaban ya unos tres kilómetros de la ciudad alarmada.

Y Cohen agitó amistosamente la diestra enguantada con la manopla hacia los ocupantes del blindado y de los dos coches.

Se colocó al lado de la carretera para reanudar la marcha tras la pequeña caravana. Consultó su cronómetro de esfera luminosa, al igual que de vez en cuando hacía Sanders.

Cuando la manecilla mayor señaló el número ocho, Cohen se colocó la careta antigás, e introdujo la mano en la bolsa de bombas lacrimógenas.

Sanders detuvo la motocicleta después de hacer varias señales, y el blindado y los otros dos coches se detuvieron también.

—¿Qué sucede, agente? —preguntó el chófer.

Sanders lanzó la primera bomba lacrimógena casi dejándola caer en el compartimento delantero del blindado. Se puso inmediatamente la careta antigás.

Cohen fue lanzando bombas lacrimógenas en los dos coches. Corría a pie de un lado a otro.

Nubes espesas, acres y malolientes, hicieron por unos instantes desaparecer envueltos en ellas a los tres coches.

Toses, gritos ahogados, lamentos, formaron una cacofonía lastimera, mientras Kirk Sanders arrojaba fuera del blindado a los dos guardianes ya sin sentido a efectos del gas de mostaza.

Se puso al volante, llevando el camión hasta el kilómetro: señalado para que allí esperase Meg Terry, revestida ya de un mono y ocultos los cabellos bajo una gorra de chófer.

Se puso ella al volante, mientras Sanders se instalaba a su lado, y ella hacía marcha atrás, hasta acercarse al lugar donde Cohen había ya ocultado entre los árboles a los dos coches, con sus desvanecidos ocupantes.

Fueron oyéndose los disparos con los que Cohen remataba a todos.

CAPÍTULO VI

Dave Cohen apareció, humeante aún el fusil-ametrallador.

—Hubieran podido decir que dos supuestos agentes motoristas los habían asaltado, y noventa millones mal tasados, no deben correr el peligro de perderse.

—Antes no matabas así, jefe —dijo Sanders, cuando ambos, montaban respectivamente sus motos.

—Están muriendo miles y miles de soldados, Kirk. A veces eres en exceso sentimental. Tu delito lo fue. Cuidado con los sentimientos, Kirk.

El camión blindado conducido por Meg Terry, a quién entregó Cohen la documentación del chófer, arrancó.

Tras el vehículo los dos motoristas lanzaron sus máquinas a toda velocidad.

* * *

El sacristán iba recuperando el sentido.

Manifestó que un desconocido le había golpeado, despeñándolo desde el tercer rellano de la alta torre-campanario.

—... Pero Dios me ayudó y caí sobre el tejadillo de las enredaderas, o si no, me hubiera aplastado en el patio interior, y...

Alertados todos los organismos oficiales, se difundió prontamente la noticia de que la alarma había sido infundada, y sin causa.

Telefónicamente fueron avisados los pueblos de los alrededores para que regresasen los que habían iniciado la desbandada.

Y en Comisaría hacíanse toda clase de cábalas para tratar de averiguar a qué se debía la agresión al sacristán, y el toque de «tocsin».

Hubo quien manifestó que podía tratarse de una maniobra de algún agente alemán.

Solo al amanecer, y cuando llegó un agente del contraespionaje francés, empezó a crearse un ambiente de molestias en Comisaría.

El funcionario del *Deuxième Bureau* reprochó no haber custodiado debidamente la camioneta blindada desaparecida y propiedad del Banco Central.

—... Porque ha de saber, señor comisario, que en el cofre

particular guardaba Epinal unos documentos importantísimos que le fueron confiados para salvaguardar en caso de peligro.

El comisario replicó agriamente:

—Nada me comunicó el DB. Si tan importantes eran estos documentos, ¿por qué no enviaron ustedes agentes de su departamento para cuidarse de la escolta?

—Los hubiéramos mandado en caso de invasión. No podíamos prevenir que iban a dar una falsa alarma. Movilice a todos sus hombres, señor comisario. Hay que dar con la pista del camión blindado y con la familia Epinal, que es la única que falta en la ciudad.

* * *

Burt Forbes empezó a impacientarse.

Estaba junto a Ronald Winters en la encrucijada que sabía indicado Cohen.

—¿Estás seguro que es aquí, Winters?

—Naturalmente. El plano no ofrecía la menor duda.

—Son ya las once y dos, y Dave prometió recogernos a las diez y cuarenta y cinco.

—Todo no resulta a veces matemáticamente. Hay que ser pacientes, benjamín.

A las doce en punto de la noche, Forbes, tras secarse repetidamente la frente y la boca con manos temblorosas, dijo sombríamente:

—¡Nos han traicionado, Winters!

—Parece que así es. Nos toca, pues, demostrar que no somos dos imbéciles.

—¿Cómo?

—Han cruzado la frontera, porque no cabe suponer que hayan fallado el asalto. Dave Cohen planea bien las cosas. Yo creía que existía lealtad entre maleantes. Un desengaño más.

—¿Qué hacemos, Winters? Quedarnos aquí ahora es peligroso. El sacristán puede reconocerme, porque no cayó al patio, sino que quedó suspendido en unas enredaderas.

—Lo que vamos a hacer es ir a Suiza siguiendo el mismo camino que ellos han seguido.

—¿Qué camino?

—Hasta la frontera y partiendo de Dijon, solo hay dos carreteras. Esta y la otra. Por lo tanto, vamos por la otra. Tenemos los documentos en regla.

—¿Qué haremos, Winters?

—Serenidad, primero, benjamín. Yo también tengo imaginación y atraparemos bien a Dave. Él me ha convertido en un maleante, ¿no? Pues le demostraré que, puestos a jugar, juego fuerte.

* * *

Todo había ido bien, hasta que Meg Terry internó el camión blindado por el puente de Hermanee, camino de Thonon.

Cohen y Sanders habían abandonado ya sus uniformes, así como las motocicletas hundiéndolas en el lago poco antes de llegar a Hermanee.

Ella volvía a tener los cabellos sueltos y la ropa femenina.

—Bien. Ya estamos a salvo. Ahora, antes de llegar a Thonon, hundiremos el camión en el lago, después de sacar de su interior el botín. Enterraremos las cajas y cofres. Oye, este puente trepida mucho, Meg.

Estaba Cohen sentado entre ella, al volante, y Sanders. Llevaban ya recorrido medio puente.

Súbitamente, algo crujió ruidosamente, como si una traviesa se desgarrase.

Se bamboleó el blindado y Cohen gritó:

—¡Fuera, Meg! ¡Fuera que se hunde el puente!

Cedieron las traviesas y el camión cayó al lago con sus ocupantes.

Meg, medio fuera del coche, y Sanders fuera del todo.

Se sumergían en la caída, mientras Cohen en un esfuerzo desesperado, trataba de salir.

Sintió un agudo dolor en las piernas. Un travesaño astillado acababa de hincarse en sus muslos.

Un roce en su cuello le hizo agarrarse. Y emergió abrazado a Sanders que, ayudado por Meg Terry, fue llevando hacia la orilla, en la oscuridad, al herido, que había perdido el conocimiento.

Le tendieron en el suelo, entre la blanda maleza, y Sanders le examinó.

—Las piernas heridas, Meg. Hay que llevarlo lejos de aquí. Si nos encuentran con él, herido, sospecharán. ¿Está usted de acuerdo, Meg?

—Sí.

—Yo puedo llevarlo a hombros. Cuando lleguemos cerca de otro pueblo, iré en busca de un médico. Usted me aguardará, explicándole a Dave...

—El camión —murmuró inconsciente Cohen, a hombros de Sanders—. Se hunde el puente.

—Todo va bien, Dave —dijo ella. Sabemos dónde cayó el camión. Está seguro ahora. Cayó donde cedió el puente. Daremos con él.

—¿Qué... pasa conmigo, Meg?

—No tienes más que unas heridas superficiales en las piernas. Y el camión está como querías. Bajo el agua, y solo nosotros tres sabemos dónde está el oro.

Iban acercándose a las lucecitas de un pueblo que parecía cercano, pero al cual solamente llegaron al amanecer.

Meg Terry quedó oculta entre la espesa floresta, junto a Cohen.

Sanders, ya seca la ropa, se encaminaba hacia lo que era una aldea.

* * *

El ingeniero llamado por el alcalde de Hermanee, decretó:

—Hace tiempo que lo previne. Hay que volar todo el puente y construir otro.

—Y mientras, ¿no podríamos dejar este y reparar...?

—El resto puede ceder, igual como cedió el trecho en reparación. Total, este puente es casi innecesario. Si no votan el presupuesto para un nuevo puente, pueden muy bien vivir en Hermanee sin él. Lo que sí es preciso, y cuanto antes, es que la brigadilla destruya el resto. Sería peligroso exponer vidas de niños que podrían jugar, y... en fin, ya lo dije. No era reparación lo que este puente necesitaba, sino destruirlo y construir otro. Felizmente no ha habido víctimas. Y es mi deber informar para evitar que suceda alguna desgracia. ¿Daré la orden de destrucción, señor alcalde?

—Ahora mismo.

Eran las tres de la tarde, cuando todo el pueblo de Hermanee, avisado, presenciaba como un espectáculo gratuito, la voladura de los tres arcos que sustentaban el resto del puente sobre el lago.

CAPÍTULO VII

El médico de la aldea de Jessy era más requerido como veterinario, pero conocía bien su oficio, pues no en vano había soldado muchos huesos fracturados, principal dolencia de leñadores y granjeros desde hacía cuarenta años que ejercía.

Paseaba por su jardín, cuando Kirk Sanders empujó la puerta de madera que separaba el jardín del camino.

Apenas amanecía, el doctor Georges Dugi lo primero que hacía era saltar de la cama para contemplar los nocturnos progresos de su jardín.

—Buenos días, señor —saludó Sanders—. Un pastor me ha dicho que usted era el único médico del pueblo.

—No mintió el pastor. Usted es americano, ¿no?

—Así es. Tuvimos un accidente y cayó al lago nuestro sidecar, en que viajábamos un amigo y su novia. Mi amigo no puede venir hasta aquí. Se quedó allá —y señaló la floresta.

El médico sonrió, indulgente.

—Hay muchos contrabandistas por aquí, pero son franceses e italianos. Por lo tanto, usted no es contrabandista, y aunque lo fuera, esto no es de mi incumbencia. ¿Qué heridas sufre su amigo?

—Unos desgarrones en las piernas, seguramente producidos por astillas.

—Un momento.

El médico entró en la casita para despojarse de su bata, revestir un jersey, y salir llevando su maletín.

Anduvieron en silencio hasta llegar al lugar donde tendido, retuvo Cohen sus gemidos para preguntar bruscamente en inglés:

—¿Quién es ese tipo, Kirk?

—Dígale a su amigo que me hable en francés si lo sabe, y si no, que se evite la molestia de hablarme en idioma que desconozco.

—Somos turistas —dijo Sanders en inglés—. Nos despeñamos con el sidecar. Es el médico de la aldea. Te curará.

Arrodillado, el médico cortó con tijeras las perneras del pantalón en girones. Lavó la sangre de los cortes con alcohol y dijo:

—Cójale por los brazos, y la señorita por las piernas. Tal vez quiera moverse y no le conviene. Hay astillas en las heridas que son más graves de lo que pueda usted creer.

Tradujo Sanders la primera parte, y Meg Terry cogió una de las

piernas de Cohen, que le dijo bruscamente a Sanders:

—No me agarres. No lo necesito. No soy ningún gallina. Que este matasanos haga su cura y después tal vez convendrá liquidarlo. Hablaría.

—No conviene, Dave. Su desaparición alarmaría a la policía.

El médico introdujo la lanceta. Después fue raspando.

Meg colocó un pañuelo entre los dientes de Cohen.

Al final de la cura, Cohen se había desvanecido.

El médico cerró su maletín, y dijo:

—Convendría trasladarlo a un hospital.

—Le acompañaré hasta su casa, doctor.

Ya alejados, preguntó Sanders:

—¿Para qué a un hospital? Usted le ha hecho una cura maravillosa. Entiendo algo de estas cosas.

El médico se detuvo, y mirando por encima de sus gafas a Sanders, pareció rebuscar sus palabras.

—Lo siento, pero su amigo tiene que ir a un hospital.

—No le gustará. Pensábamos alojarnos en el pueblo de Hermanee, y allí puede usted visitar a mi amigo.

—Puedo, pero es preferible que vaya a un hospital. Por la sencilla razón de que su amigo nunca más podrá volver a andar.

—¿Eh...? ¿Cómo...?

—Tiene los nervios locomotores de las dos piernas seccionados. Nunca más volverá a andar, salvo en silla de ruedas. Es un caso de ataxia locomotriz, de parálisis sin curación.

—Entonces... ¿para qué llevarlo a un hospital?

—Pueden intentar tratamientos eléctricos, aunque solo para infundir esperanzas por sugestión al paciente, ya que es un caso claro de parálisis incurable. Lo siento.

—¿Cuánto le debo, doctor?

—Nada. Si se alojan en el parador de Hermanee, ya le visitaré y podremos charlar. Daré esperanzas a su amigo, y usted me explicará si América es el país que estoy buscando para un experimento del cual quiero hablarle, por ser usted americano.

—Hasta pronto, doctor.

Regresó Sanders, pensando que no debía anunciarle la noticia a Cohen.

Saberse paralítico podría desencadenar en el pistolero un violento ataque de desconfianza, ya que en lo sucesivo no podría intervenir en la búsqueda del sumergido blindado.

—Dice el médico que vas a estar unos cuantos días sin poder andar, Dave.

—¡Maldita sea! La mala suerte empieza.

—No tal. Nos vamos al parador de Hermanee y mientras recobras el uso de las piernas, planeamos concienzudamente la pesca de los cofres del blindado.

—Eso es, Dave —terció Meg.

—Hay muchos inconvenientes. Primero, que bajo el agua, la presión impedirá la apertura de las puertas de blindado. Discutiremos eso después. Ahora tenéis que trasladarme a Hermanee.

—Es sencillo. El médico nos servirá de excelente Presentación. Atestiguará tácitamente que somos unos turistas americanos. Yo, periodista. Y que sufrimos un accidente perdiendo el sidecar. Está interesado en no sé qué cosa de América, y se le ve muy alejado de las cosas de este mundo.

—Podemos probar, ¿no es verdad, Meg?

—Sí, Dave. Ahora necesitamos dormir. Estamos rendidos.

A media tarde, regresó Sanders a la casita del doctor el cual, muy cordialmente, ofreció su tartana, un carricoche cubierto, con dos banquetas para sentarse, y tirad por un brioso caballo percherón.

Una vez estuvo tendido a medias en una banqueta y apoyado en su novia, dijo Cohen:

—Pregúntale qué tal son los hoteles de Hermanee.

Cuando Sanders tradujo la pregunta, rio el doctor:

—En Hermanee, el mejor hotel es el Parador Alpino del Lago, por la excelente razón de que es el único hotel. Es limpio y de sana cocina. Conozco a los dueños. Son como yo, discretos. Aludo a la discreción, por lo que se refiere a que no les importa quienes sean sus huéspedes, con tal de que se comporten bien mientras están alojados en el parador.

Cuando Sanders le hubo traducido parte de lo dicho por el médico, insinuó Cohen:

—Que te hable de lo que desea saber de América.

Después de traducida la pregunta, dijo el médico:

—Es muy largo de contar, señor..

—Kirk Malers, periodista.

—Celebro que sea periodista, señor Malers. Así estará más capacitado para oírme y tal vez ayudarme —dijo el médico, con los ojos brillantes de íntimo entusiasmo—. El mundo está agitado por guerras, no hay paz, y vamos a la gran catástrofe. Ríase cuanto quiera, señor periodista, pero yo he encontrado el medio de que en el mundo reine pronto una paz eterna.

Miró el médico de reojo a Sanders, que se sentaba junto a él en la banqueta de conducción:

Impasible, replicó Sanders:

—Este es el deseo de toda la gente de buena voluntad, doctor.

—Sí, pero los que la tienen no hacen nada. Yo he encontrado el medio, y podría empezar la prueba en Norteamérica, el país que acepta las novedades, aunque mi plan tiene cientos de años, ya que se basa en lo que un francés llamado Fourier trató de realizar bajo el nombre de falansterios.

—¿Falansterios?

—Partamos primero de una base-raíz. ¿Cuáles son los males que impulsan a la humanidad a matarse? La ambición, el afán de poder, y la miseria.

—Seguro. Permítame que lo traduzca.

Y Sanders lo hizo. Cohen sonrió disimuladamente.

—Dale coba, Sanders. Dile que yo soy un ricachón que puedo ayudarle en sus majaderías. El tipo está como una chiva, pero nos conviene tenerlo contento.

—Dice mi amigo que cuanto usted expone le interesa mucho.

—Mi idea es la siguiente: aunque solo seamos mil seres humanos felices, bastaría, si con ello lográbamos demostrar a los demás dónde reside la felicidad.

—¿Y dónde reside?

—En despreciar el dinero.

—Esto es algo difícil de inculcar, doctor.

—Hoy, no. La humanidad empieza a estar fatigada.

—Más que nunca hay ambiciosos adoradores del dinero.

—A estos que los acoja el propio infierno de sus vidas. Pero para los sensatos, los desengañados, los míseros, y he planeado algo muy sencillo. Comprar una gran extensión de tierras, donde fuera, y dedicarse solamente a los oficios precisos para la vida. Por naturaleza, ¿qué es lo único que necesitamos? Comer, vestir, dormir, procrear y divertirnos. Supongamos que yo encuentro el dinero necesario... y creo que lo encontraré. Enrolo familias pobres y les destinó una casa elemental con campo para cultivar, establos, estanques, y tiene ya el alimento y los tejidos. ¿Necesita zapatos? El curtidor de mi Arcadia me los proporciona si yo le doy a trueque un saco de patatas. Otro le dará pan. Otro, carne.

—Solo de pan y carne no vive el hombre, doctor.

—Haremos teatros y cines para nosotros, y salas de baile para ayudar a fundar matrimonios. Haremos... Bueno, me estoy entusiasmando, y estamos llegando ya.

—Dijo usted que iba a encontrar el dinero.

—Seguro. ¿El blindado no contenía las reservas oro y las joyas de Epinal, el de Dijon?

Kirk Sanders aspiró hondamente, como si el fragante aire balsámico de los pinos por entre los que atravesaba el carricoche, fuera deliciosamente reconfortador.

El médico añadió suavemente:

—No se moleste en negar ni discutir, periodista. Lo sucedido es para mí una pura tesis científica. Tengo ya bastantes años para poder ser tolerante. Ayer sonó indebidamente la alarma del «tocsin» en el pueblo de Dijon, y como lo sé, es sencillo. Esta mañana ha llegado, y se fue minutos antes que usted viniera, un policía de fronteras, para que le dijese si había visto pasar un blindado conducido por una sola persona y seguido por dos motoristas. Me informó que este blindado atravesó la frontera y que andan buscando su pista que parece haberse esfumado como si el blindado tuviera alas. No me describió a ninguno de ustedes tres, por cuanto no les conocen ni saben quiénes son.

—Está usted equivocado, doctor, y es natural que nos relacione con este blindado desaparecido, pero... somos lo que le dije.

—Y así seguirán siendo para los del parador, que tan pronto piensen abandonar su alojamiento me lo comunicarían. Han dado ustedes muerte a seis personas. La hija de la familia Epinal se salvó milagrosamente porque el brazo de su madre estaba atravesado ante su pecho, y así no recibió los balazos destinados a ella. La madre, muriendo, salvó con su brazo a su hija.

—¿Por qué nos relaciona a nosotros con este crimen, doctor?

—Dijo la hija Epinal que el supuesto motorista, que luego les arrojó lacrimógenas, tenía un fuerte acento norteamericano. No pudo describirlo por las gafas, el casco y el cuello alzado del chaquetón.

—Suponga que realmente fuéramos los que piensa... ¿Se da cuenta de que corre peligro su vida?

—En el intervalo entre su ida y vuelta, escribí unas líneas, que lacré, escribiendo en el sobre: «Para entregar en caso de ausencia prolongada, a mi amigo X». La criada que llega a las siete, lo llevó ya. En esta carta, les describo a los tres, rápida y certeramente, con ojo de médico. No hay cuidado de que mi discreto amigo, abra el mensaje si yo no estoy ausente más allá de dos días, que es la máxima ausencia que me he permitido. Todo fue una inspiración veloz como el fulgir de un relámpago. Ustedes me proporcionarán el dinero suficiente para que yo inicie mi falansterio en Norteamérica.

Este ha sido el sueño ideal de toda mi vida.

—Han muerto siete personas, doctor.

—Paso por alto este detalle, por cuanto por mi plan, serán millares las personas que encontrarán la verdadera vida.

—¿Cuánto pide para llevar a cabo su plan, doctor?

—Me contentaré con diez millones. Este es el parador. Agradable, pintoresco y al borde mismo del lago. ¿Qué le pasa? ¿Qué es lo que parece buscar con tanto ahínco, periodista?

Asombrado, demudadas las facciones, exclamó Sanders:

—¡El puente! ¡Aquí... ayer noche... había un puente!

CAPÍTULO VIII

Jack Sullivan, por su dominio del francés y alemán, había sido enviado distintas veces a Europa, en busca de criminales huidos.

Era refractario a todo enamoramiento. Se había divorciado cuatro veces, jurando la última que nunca más miraría a una mujer con intención de intentar un quinto experimento conyugal.

Pero Jessica Blending era deliciosa. Una rubia delicada, pero a la vez de firmes líneas muy redondeadas, «como un anuncio de “Coca-Cola”», pensó al verla por vez primera.

Había sido en Le Havre, después de la fuga de los cuatro de Alcatraz. Cuando el FBI averiguó ya que habían abandonado Canadá, camino de Francia, encomendó a Jack Sullivan la tarea de capturarlos.

Y Sullivan, en sus pesquisas, regresó al hotel para liquidar su cuenta, porque tenía ya otra pista.

El gerente le anunció que en el salón le esperaba una «damita muy gentil y decidida».

—¿A mí? ¿Seguro?

—Preguntó por el señor Sullivan, Jack, procedente de Canadá.

Se encaminó al salón y lo primero que vio fueron un par de piernas fascinantes. Se olvidó de sus cuatro divorcios detallado el resto de la anatomía y el rostro de la esplendorosa Jessica Blending.

Preguntó ella:

—¿Jack Sullivan?

—Yo mismo.

—Soy Jessica Blending.

—Encantadísimo. ¿En qué puedo serle útil?

—Usted es del FBI.

—A usted le admito cualquier clase de suposición.

La exquisita rubia vestía de luto. Y las prendas íntimas femeninas de este color ejercían en Sullivan una poderosa atracción.

—Tengo un pariente en el FBI que fue quien me dijo que usted había radiado su salida en avión desde Vancouver. Cogí el avión seguidamente y aquí estoy.

—La veo. Y vale la pena, créame, desde mi punto de vista, claro.

—Soy la hermana de Malcolm, el dueño del club de juego Merriman, de San Francisco, asesinado por Burt Forbes. Y usted

tiene la misión de capturar a los cuatro evadidos de Alcatraz.

—Es posible. Pero ahora me disponía a ponerme en camino...

—Y yo voy con usted hasta donde sea, hasta el mismo final.

—Ojalá. ¡Qué más quisiera yo...! Bueno, quise decir que estoy en comisión de servicio y me es imposible, por más que me entusiasme la idea, disfrutar de su compañía.

—Lea esto, por favor.

Del bolso sacó ella un tubito que parecía lápiz labial. En su cromado llevaba una letra perfilada en arabescos. «F».

Desenroscó Sullivan el tubito, que otras veces le sirvió para identificar a un agente femenino y recibir a la vez instrucciones en sus misiones secretas por Europa.

Leyó el cifrado de puntos perforados en cinta espiral, cuya clave sabía de memoria:

«Hermana de Blending. Nombrada agente para busca y captura Forbes. Puede serle gran ayuda, porque dispuesta a todo».

Sullivan encendió un cigarrillo con la cinta espiral. Devolvió el tubo a Jessica Blending.

—¿Cuántos años tiene, Jessica?

—Veintiuno.

—Yo, treinta y seis. Por lo tanto, creo que...

—Me lo esperaba.

—¿El qué?

—Ahora se sentirá paternal, y procurará exponerme todos los peligros que para una jovencita supone recorrer lugares acompañada de un veterano agente acostumbrado a dialogar a tiros con maleantes.

—Pues, sí, más o menos esto pensaba decirle.

—Dicho. Voy con usted.

—Suponen que puede serme útil, y no veo cómo... concretándome al trabajo, claro. En fin, la pista está fresca, y la sigo antes que se arrugue de pasada. He alquilado un cacharro destartado, pero con buen motor. Si lleva mucho equipaje, déjelo, y llévese lo esencial.

—Enseguida estoy.

Tras el volante del viejo coche, suspiró Sullivan resignado.

Su larga y desafortunada experiencia le hacía presumir que ella tardaría su buena media hora. Bonita lo era de sobras, pero, total, un adorno precioso para las tardes, entre cinco y siete, sin más.

Pestañeó defraudado en su filosofía escéptica, porque a su lado se instalaba Jessica Blending, con un maletín-*necesser*, único bagaje.

—Gracias —dijo él, al arrancar el coche—. No al cacharro, sino a usted, porque tardó solamente dos minutos.

—Soy agente. Por lo tanto, necesito olvidar estas costumbres femeninas de hacer esperar. Ya no soy una mujer.

—¿No? Estupendo. Entonces podremos dormir juntos, como dos buenos camaradas de trabajo.

—¿Se cree gracioso?

—En absoluto, pero procuro reírme cuando estoy descansando.

—¿Dónde vamos?

—Un paseo muy entretenido. Los cuatro de Alcatraz van acompañados por una mujer-gangster, Meg Terry. El coche tiene como es natural, una matrícula. Pero es casi seguro que la han cambiado. Entonces, en cada puesto, dirección este, tengo que investigar si pasó un coche así y así, con cuatro fulanos y una tigresa.

—Así tardaremos años. ¿No sería más fácil telefonear a todas las comisarías en un radio de cien millas?

—Buena idea, si el coche hubiera salido hoy o ayer. Pero partió de Le Havre, hace exactamente seis días.

—¿Quién va a recordar entonces este coche después de seis días?

—Mucha gente que se aburre. En el café donde desayunaron, en el estanco donde compraron... Dígame, ¿por rue su empeña en cazar a Forbes?

—Mató a mi hermano.

—Pero en el informe se menciona que usted estaba reñida con su hermano porque este no la dejaba casarse con el guapo Burt.

—Era mi hermano de todos modos, y Burt lo mató.

—Pero dicen que el amor es un adoquinazo que alela, y si usted se entrevista con Burt Forbes antes que yo pueda esposarlo, él la convencerá que fue un arrebato de pasión, excusable, ya que el amor...

—Hemos llegado a un pueblo. ¿Qué misión me encomienda?

—Que siga sentada. No se detuvieron aquí, ya que dista solamente ocho millas de Le Havre.

Fue ella la que descubrió el paradero de los cuatro de Alcatraz.

Leyendo la prensa, con dificultad. Lo sucedido en Dijon merecía una columna, pese a los acontecimientos militares y bélicos.

—¡Mire, Jack, aquí! —exclamó ella tocando el periódico.

Siguió él conduciendo, sin mirar el periódico. Comentó:

—¿Un modelo del modista Melosilla llamado «Suspiro sutil a la

luz del candil?»

—¡Ellos! ¡Atracaron en Dijon! Uno de los motoristas, de fuerte acento americano...

—Coja el volante, Jessy.

Cuando terminó de leer, Sullivan afirmó:

—No hay duda. Es un golpe preparado por Dave Cohen. Ya podemos ir directo a Dijon, sin etapas.

A su llegada a Dijon, fatigada, subió Jessica a su habitación del hotel, dispuesta a dormir a fondo. Sullivan fue a la comisaría.

A la mañana siguiente, bajó ella a desayunar. Sullivan estaba devorando un copioso desayuno. Anunció:

—Están en Suiza.

—¿A qué esperamos para ponernos en camino?

—Usted se queda aquí, esperando. Por una razón muy lógica. Yo no puedo cazar zorros agazapados, disparando desde lejos cañonazos.

—No comprendo.

—Usted es el cañonazo. Burt Forbes la conoce, y al verla conmigo, no habría modo de que yo pudiera... ¿Es a mí?

La pregunta, sorprendida, la dirigía a la muchacha enteramente vestida de negro que le hacía señas.

Pensó que, por lo visto, ellas sabían que le gustaban así. Se levantó, porque la recién llegada esperaba en pie, algo apartada.

—¿Es usted el señor Jack Sullivan?

—Sí.

—El comisario me ha dicho que usted es un agente federal que sigue la pista de Burt... Burt Forbes, que aquí se hacía llamar Corbet.

—El comisario la informó bien, pero indiscretamente.

—Es que yo soy Maribel Epinal.

—Ah... Bien, yo le prometo que pagarán su crimen...

—Deseo ir con usted.

—¡Ah, no, muchacha! ¡Ni hablar! Precisamente estaba convenciendo a aquella otra muchacha, antigua novia del condenado Burt, de que... Escuche, no puede venir, porque Burt la reconocería. Lo siento pero yo no consentiré que pierda usted la vida por un afán muy natural de venganza. Dígaselo así, Jessy, y que lo comprenda —invitó a la yanqui que se había acercado—. Ustedes dos de nada pueden servirme, en este caso, sino todo lo contrario. No me guarden rencor. Quietas ahí, y prometo venir a comunicarles la noticia de que los cuatro de Alcatraz están camino de la ejecución, si nos lo ejecuto yo.

Embalando el coche por carretera, suspiró Sullivan. Gajes del oficio. Las dos chicas estaban embrujadoras con el luto.

Pero él, personalmente, no quería obligar a sus propios familiares, allá en Oregón, a llevar sus trajes a la tintorería.

El luto ajeno nunca le sentaba bien al difunto.

CAPÍTULO IX

Cuando el doctor Dugi hubo presentado en el parador a los americanos como «turistas amigos», y, ayudado por Sanders y Meg, quedó Cohen recostado en la alcoba matrimonial, Sanders manifestó en francés:

—Vuelva al atardecer, doctor. Tendré sumo gusto en tomar café con usted.

—De acuerdo, y hasta luego.

Al irse el médico, gruñó Cohen:

—Este maldito puente... ¡Maldito ingeniero que ordenó destruirlo! ¿Os dais cuenta de lo que pasa ahora?

—Era de noche y no sabemos dónde cayó el camión —dijo Sanders—, pero esto puede resolverse, Dave.

—¿Cómo, tío listo?

—Cualquier pueblerino me dirá dónde estaba el trecho en reparación que fue el que cedió bajo el peso del blindado.

—Y, entonces, solicitarás cuatro buzos que te ayuden, ¿no, tipo listo? O, mejor, pedimos ayuda al Almirantazgo suizo y que nos envíen un submarino.

—No te acalores, Dave. Lo que Kirk dice tiene sensatez.

—¡Tú, fuera, Meg! He venido observando que cuanto dice Kirk te parece maravilloso. ¡Cuidado! Podré estar lisiado, pero mis dos manos están en perfecta forma. ¡Vete, he dicho!

Meg Terry abandonó la habitación, refugiándose en la contigua. Conocía aquellos arrebatos coléricos del celoso Cohen.

Sanders levantó los hombros en gesto enojado.

—No fastidies, Dave. Regañas a tu chica porque se limita a aceptar la sensatez de lo que te he expuesto. Estás rabioso, porque se han presentado obstáculos, pero razonando... Tú eres el jefe, Dave. Yo lo que intento es irte dando mi parecer, puesto que me lo pides. Yo no soy el necio de Forbes o el despistado de Winters. Soy de tu pasta, e incapaz de deslealtad.

—Bueno, bueno. Es posible que me haya dejado llevar del genio. Acércate y discutamos el asunto. Primero... Hay que indagar dónde estaba el trecho en reparación.

—Lo haré. Todo el mundo habla de lo mismo en el pueblo.

—Después hay que bucear por la noche, con careta de oxígeno y un soplete de los que funcionan bajo el agua, para abrir el blindado.

¿Dónde encontrarás esto?

—Lo buscaré, no te preocupes.

—Pero, pronto... Nos pueden reconocer. ¡Y pensar que estoy con las patas tiesas, y en el fondo del lago hay noventa millones! ¿Cómo bucearás?

—Ahora mismo haré correr la voz de que me dedico a la pesca nocturna. Tú sabes que se pesca más de noche y...

—¡Bien! Alquila una lancha. Pero necesitarás ayuda, para subir a bordo los cofres. Meg irá contigo. Y oye, Kirk... ¡te mato como a un perro si a ella...!

—No lo digas, Dave, porque la ofendes más a ella que a mí. ¿Es que no te das cuenta que Meg solamente tiene una obsesión?

—¿Cuál?

—Tu cariño, Dave. Anda, descansa, y confía plenamente en mí.

—Confié en uno... ¡y ya ves lo que me pasó!

—Soy de otra pasta, Dave. Descansa y verás cómo al despertarte, tú mismo te reirás de cuanto acabas de decirme.

—Así sea —dijo Cohen, cerrando los ojos.

Pero apenas Sanders entraba en la habitación contigua, cerrando la puerta, Cohen se dejó resbalar de la cama, apoyando las manos en el suelo, y, arrastrándose, aplicó el oído a la puerta.

Meg Terry había llorado, pero le molestaba que Sanders pudiera adivinarlo.

Su tono fue seco al preguntar:

—¿Por qué dejaste solo a Dave?

—Está durmiendo. Y tenemos que hablar, Meg.

—Delante de él.

—Es que se trata de una noticia muy grave para él.

—¿Qué pasa?

—No he querido decírselo hasta que no terminemos el asunto y estemos en sitio seguro. Está paralítico. Nunca más podrá andar.

—¡No es posible!

—El médico recomendó que lo internásemos en un hospital, aunque solo para darle esperanzas. Es cuestión de un corte de nervios producido por las astillas. No tiene remedio.

—Escucha, Kirk. Yo no sé llorar cuando me duele mucho el alma. Ahora Dave está indefenso, pero yo vigilaré. Si piensas algo desleal, te mataré.

—Ya sois dos los que queréis matarme. Él me proporcionó la libertad. Es suficiente para que yo obre como lo haría un hombre. Ahora, haz lo que prefieras, díselo o no se lo digas. Yo voy a buscar lo que necesitamos para sacar los cofres. Tú vendrás por la noche

conmigo en la lancha, para izar los cofres.

Sanders abandonó la habitación, saliendo al corredor. Encontró al médico en el vestíbulo.

—¿Un paseo, doctor?

—Muy a gusto.

Salieron, y ya lejos del parador, dijo Sanders:

—Tenga presente que ya es algo así como mi cómplice. Usted sabrá decirme cuál era el trecho en reparación.

—Es fácil. El trecho empezaba a partir de aquel pilón que emerge, el segundo, a contar desde esta orilla. Fácil cálculo: el blindado se sostiene en el arco, después ceden las traviesas; por lo tanto, el camión se hundió junto al espigón que sobresale. ¿Les dijo a sus amigos mi idea de fansterio y los diez millones necesarios para llevarla a cabo?

—No.

—¿Y eso?

—Dave Cohen le liquidaría, doctor, más pronto o más tarde. Yo percibiré la tercera parte del total. Puedo darle los diez millones, porque, en el fondo, soy un pelele llevado por las circunstancias, y me agrada su proyecto filantrópico.

El médico miró de soslayo al ex agente.

—No sé si es usted más de temer con su amabilidad, o Cohen con su mal genio.

—La humana desconfianza enturbia las relaciones, doctor. ¿Quiere ayudarme?

—Naturalmente. Considéreme casi su hermano siamés. ¿Sabe a qué me refiero?

—Los que viven unidos por el cordón umbilical, que en nuestro caso son los diez millones.

—Aconsejaría que los tres varíen sus físicos.

—Personalmente, nadie nos conoce.

—¿Olvida a Maribel Epinal?

—Tampoco nos conoce. Me oyó hablar nada más.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarle?

—Necesito careta de oxígeno para bucear, cuerdas sólidas que puedan izar pesos de cincuenta kilos y un soplete subacuático.

—Bien. Vamos a Ginebra. Soy conocido allí por las tiendas y me consideran un vejestorio excéntrico. Yo efectuaré las compras.

* * *

Dave Cohen había ya tenido tiempo de volver a encaramarse,

aunque dificultosamente, en la cama. Estaba cara a la pared, febriles los ojos. ¡Paralítico, él, a sus treinta años!

Entraba Meg Terry acercándose lentamente, tratando de sonreír.

—¿Te he despertado, Dave?

—¡Naturalmente que sí! Ven acá, y siéntate junto a mis piernas. Se me ha ocurrido una idea. Para despistar aún más a los posibles sabuesos, voy a hacerme traer un carrito de esos que me hacían tanta gracia. Estos carritos donde uno se sienta y empujando las ruedas... Pero, ¿qué te pasa ahora, boba del demonio? ¿Por qué te echas a llorar y me abrazas las piernas como si fueran... yo qué sé?

—Es que me duele verte así, Dave.

—Hace siete años que eres mi chica, Meg. Nunca me has fallado y juraste decirme siempre la verdad. Ahora, palabra por palabra, me dirás cuanto te ha dicho Sanders. Palabra por palabra.

Cuando ella terminó de reproducir lo expuesto por Sanders, Cohen estuvo en silencio un largo rato.

Después, de un manotazo apartó el rostro de ella de sus piernas.

—¡No soy un inválido! Estarás muy emocionada ante la generosidad de Sanders, ¿no?

—Parece que quiere cumplir contigo y te tiene ley Dave.

—Seguro. Hasta que vuele con el oro y las joyas, que es lo que se dispone a hacer. Pero se lo impediré. Hay cerca de cien millones en el lago, Meg. ¿Por qué, si Kirk sabe que no puedo moverme, va a darme las dos partes y quedarse con una sola? Esta noche, cuando vaya sacando los cofres y coloque el último en la lancha, no ha de volver. ¿Te enteras? No ha de volver. Cuando remonte y te diga que no hay ya más cofres, le das un golpe seguro en la cabeza y que se hunda para siempre. Después, tú y yo nos iremos lejos, a vivir juntos. Nos casaremos. ¿Estamos, Meg? No me falles por lo que más quieras.

Asintió ella en silencio, abrazándose a él.

CAPÍTULO X

—Usted es un hombre leal, Malers —dijo el médico, mientras el carricoche les llevaba a Ginebra.

—¿Por qué?

—Dave Cohen está inútil.

—Razón de más para que yo cumpla con él. Robarle, sería como quitarle a un niño su caballito de madera.

—Qué lástima que usted haya asesinado...

—No asesiné. Vengué la muerte de la mujer que yo quería. Después, no estrangulé al guardia. Y, por último, cuando llegué junto a los ocupantes de los dos coches, ya Dave los había liquidado a tiros, y no tomé parte en el asunto, ni pude impedirlo, aunque soy tan despreciable como él, en este sentido.

—¿Confía en la novia de Cohen?

—¿Por qué no?

—Esta pareja me temo que tiene la mentalidad del *gangster*. Pueden haber meditado el medio de suprimirle. Comprenda. Usted está debajo del agua, y cuando termine de Trabajar, ella está en favorables condiciones para al subir usted, asestarle un buen porrazo.

—Entre los delincuentes hay lealtad, doctor.

—¿Sí? ¿Y qué me cuenta de los otros dos que tomaron parte en el negocio de Dijon? ¿Dónde están? ¿No los abandonaron?

—Variemos de tema, doctor.

Al cabo de unos instantes de silencio, dijo de pronto el médicos.

—Oiga... ¡Qué tipo más clásico de *gentleman* inglés este que acaba de pasar!

—¿Dónde?

—En aquel coche que se dirige a Hermanee. Al volante iba un tipo con cara de boxeador.

—Ya le vi.

—¿No se fijó en el otro sentado atrás?

—No. Era la clásica figura del caballero inglés de película. Época de turistas y de los que huyen de sus patrias, temerosos ante el avance alemán. Habrá por aquí, ahora, muchos espías.

—¡Para, Burt!

—¿Por qué?

—¡Era Kirk Sanders el que iba en este carricoche que hemos dejado atrás!

—No veas visiones, Winters. Era un viejo con gafas y cara de conejo asustado.

—¡Te digo que era Sanders! Me apearé a preguntar por este pueblo. Tú, sigue el carricoche, pero discretamente.

No tengas temor. No te pueden reconocer, tal como te he maquillado la cara.

—¿Dónde nos encontraremos?

—En la terraza del mejor hotel de este pueblo.

Ronald Winters, apoyándose negligentemente en su bastón, ajustado el monóculo en la órbita de su arcada izquierda, alzaba el mentón, y caminaba a pasos medidos.

Llegó al parador del lago, cuando se informó que era el único hotel de Hermanee.

En el mostrador de registro, un mofletudo cincuentón exhibió sus conocimientos de inglés, atajándole altivamente Winters:

—Buenas tardes, buen hombre. Deseo dos habitantes para mí y mi secretario particular. También puede informarme si hay perros, niños o enfermos en su posada.

—En mi parador no hay más que turistas distinguidos, señor.

—Aborrezco la gente ruidosa, y espero, por consiguiente, que no habrá norteamericanos en su fonda.

—En mi parador hay una dama y dos caballeros americanos, señor, pero son honorables y silenciosos. Los recomendó el doctor Dugi, que precisamente acaba de salir en compañía de uno de mis huéspedes americanos.

—Bien, bien, no me agrada oír indiscreciones. Deme las dos mejores habitaciones, con baño, y comidas en privado. Aborrezco ver comer a la gente. Cuando llegue mi secretario que suba inmediatamente a mis habitaciones.

* * *

Jack Sullivan se apeó de su coche en la bellísima ciudad de Ginebra, dispuesto a emprender las pesquisas que le condujeran a la pista del misterioso blindado que parecía haberse desintegrado en el aire.

Fue paseando por los lugares céntricos y se hallaba en la avenida comercial, cuando de pronto sacó del bolsillo la cartera que

contenía varias fotos de frente y perfil de los cinco componentes de la banda de Cohen: los cuatro de Alcatraz y Meg Terry.

Aquel individuo que esperaba en un carricoche del cual acababa de descender un viejo con gafas y cara de soñador distraído... ¡era Kirk Sanders!

Exactamente el perfil ceñudo, voluntarioso, el mentón con hoyuelo, y el entrecejo sobresaliente, característico.

Sullivan fingió interesarse en un escaparate de la acera de enfrente, en cuyos cristales, por el reflejo, vio cómo el viejo con aspecto de filósofo introvertido, penetraba en un almacén de artículos deportivos.

Fue mirando Sullivan en derredor, por si rondaba algún otro componente de la banda. No había más que un coche detenido a unos veinte metros atrás de la tartana.

Al volante, un joven de típicas facciones de boxeador, y negríssimos cabellos cortos, en cepillo.

El viejo tardaba en salir. Lo hizo, por fin, cargado de voluminosos paquetes que le ayudaba a llevar un dependiente.

Subió a la tartana y Sullivan se dirigió hacia su coche, cuando se dio cuenta entonces de que el otro coche, el conducido por el boxeador se ponía en marcha.

Seguía lentamente en la misma dirección que el carricoche con toldo, que se detuvo poco después ante una ferretería.

Entró Sullivan en la tienda deportiva. Preguntó por el dueño, sin dejar de observar la tartana detenida.

Llegó un individuo al cual mostró Sullivan la credencial especial de la policía francesa, obtenida en Dijon.

—¿Quién es este viejo que vino a comprar ahora mismo?

—El doctor Henri Dugi, un caballero honorable, médico de la aldea de Jessy.

—¿Qué compró?

—Seguramente piensa dedicarse a la pesca submarina. ¡A su edad, figúrese! Compró una careta de oxígeno, unas aletas de rana para los pies y ovillos de bramante del más grueso. Le atendí yo mismo, y quería asegurarse de que los bramantes podían soportar pesos aproximadamente de cincuenta kilos.

—Gracias, y no mencione para nada este asunto.

Salió Sullivan apresuradamente, porque ya la tartana reemprendía la marcha, y poco después lo hacía el coche conducido por Forbes.

Su rostro maquillado por Winters, y el negro cabello corto, no le inspiraban sospechas al agente que se instaló tras el volante.

Empezaba a oscurecer cuando el carricoche entraba en la carretera de Jessy a Hermanee.

En el pescante, dijo Sanders:

—El coche conducido por el tipo con cara de pugilista, nos sigue. Y antes nos cruzó cuando íbamos a Ginebra.

—Es ruta de turistas, Kirk. Estará contento, puesto que le conseguí un soplete que puede funcionar sumergido. No creí que lo tuvieran, pero al parecer es muy usado en obras de construcción de puentes. Me preguntaron si iba a construir un puente. Dije que me proponía reparar unas averías en mi estanque de peces.

Estuvieron unos momentos en silencio, hasta que el médico propuso:

—Yo debería ir en la lancha con ustedes dos, y nadie sospechará si así lo hacemos.

—Si piensa que Meg pueda tratar de hundirme, con más razón a usted. Pero sin su presencia, nadie sospechará tampoco. La pesca submarina es un deporte muy propio para turistas que se pasan el resto del año encerrados en sus oficinas.

—Sí, pero la pesca submarina de noche creo que puede extrañar a algún mirón que los observe desde la ventana del parador.

—No hay luz allá, y, con esta sola noche, bastará.

—Me agrada su confianza en sí mismo, Kirk. ¿A qué hora empezará su buceo?

—¿Para qué desea saberlo?

—Para más o menos saber a qué hora debo aparecer para conseguir su donación a mi futuro falansterio.

—Aguardaré a que todos duerman en el parador, aunque estaré en la lancha, hacia las once. Y tenga cuidado, doctor, porque cuando regresemos con la lancha, los millones pondrán muy recelosa a Meg.

—Le esperaré donde usted me diga.

—En su propia casa. Tiene mi palabra de que le llevaré sus... bueno, mi donación a su gran proyecto de pacificación mundial.

CAPÍTULO XI

Al entrar, depositó Sanders los paquetes que llevaba en varios sillones.

Al volverse y buscar en la cama el cuerpo tendido de Cohen, no lo vio. Veía únicamente a Meg Terry, y de pronto, se sobresaltó.

En una esquina del cuarto, junto a la cortina, Dave Cohen parecía mirar por la ventana.

Estaba sentado en una silla de ruedas, sobre las cuales apoyaba las manos.

Volviéndose lentamente, haciendo girar las ruedas, se acercó al ex agente que, sorprendido y molesto, permanecía en silencio.

—Hola, Kirk. ¿Qué te parece el truco? ¿Quién buscará a Dave Cohen, el ágil pistolero, en la persona de un inválido metido en su cochecito de ruedas? He vuelto a la infancia. Me inspiró la idea eso de tener las piernas dañadas. ¿Qué te parece el truco? —repitió irónico.

—Bien pensado, Dave.

—Meg se dispuso a buscarme esta sillita, y resultaba que en el parador tenían una, dejada por una inglesa que no quiso llevársela a la tumba. Estás pálido, Kirk. ¿Qué te sucede?

—Impresiona verte así, Dave. No es más que eso.

—¿Bien, qué...?

—Hice las compras, mejor dicho, me hice ayudar por el médico, para no infundir sospechas, y así ya corre la voz de que me dedico a la pesca nocturna. Pero hay algo que no me gustó.

—¿De qué se trata?

—Al ir a Ginebra, crucé con un coche conducido por un tipo con la peculiar cara del pugilista. Después venir tras de mí, al regresar, y se ha apeado ante la rotonda del parador.

—¡Meg! Vete a indagar. Anda, entérate quién es el boxeador ese.

Se dirigía ella hacia la puerta.

Volvió a interpelarla Cohen:

—Averigua también quiénes son los huéspedes nuevos que hoy se han alojado aquí.

Fuése ella y Cohen resumió:

—Supongo que has captado una verdad, Kirk. Antes de capturarnos, lo que más les interesa es saber dónde está el blindado y si hemos sacado los cofres. Esto suponiendo que haya habido

algún policía lo suficientemente hábil o con suerte para dar con nosotros.

—No ha habido tiempo material, aunque temo algo Dave.

—¿El qué? Siéntate, porque en pie delante mío, me empequeñeces. ¿Qué es lo que teme el hombre de los nervios de acero y gran talento del Departamento Federal?

—Eso mismo. Que el Departamento Federal por el escarnio que supone para ellos que se haya evadido uno de sus antiguos miembros, haya enviado a varios agentes a capturarnos.

—Mañana, cuando despunte el día, estaremos lejos, Kirk. Esta noche cenaremos abajo los tres, como buenos burgueses de vacaciones. Inspiraré hasta lástima, Kirk. ¿No inspiro lástima?

Y la risa del *gangster* tuvo un truncamiento de rabioso sollozo.

En silencio, Sanders empezó a desempaquetar las compras hechas por el doctor Dugi.

* * *

El actor Winters sonrió al ver entrar en tromba a Burt Forbes.

—Tenías razón, Winters. ¡Era Sanders!

—Ya lo sabía, hijo. En el registro me notificaron que tres americanos silenciosos y honorables, recomendados por el médico de la localidad, estaban en este parador.

—El cacharro del médico se detuvo ante una tienda de artículos para pesca, y después... ¡me apuesto lo que quieras a que compró un soplete oxhídrico submarino! Por lo tanto, el blindado está por aquí cerca, dentro del agua, y el médico es cómplice de ellos. ¿Por qué razón?

—No te escarbes los sesos, benjamín. Vamos a trabajar razonablemente empleando el cerebro. ¿Qué van a hacer los tres?

—Pues, bucear hasta abrir el blindado, extraer los cofres y luego largarse.

—¿Qué piensas que nos toca hacer?

—Liquidarlos, sin el menor escrúpulo. La ocasión será magnífica. Los acechamos y cuando se dirijan al lago, les dejamos trabajar, y cuando hayan sacado a flote el botín, los liquidamos.

—Siempre quieres arreglar las cosas liquidando, como hacen los malos comerciantes, Burt.

—¡Nos engañaron miserablemente, después de todos los riesgos que...!

—Ten presente que estamos aquí, gracias a Dave Cohen que nos permitió escapar de presidio, y planeó el magnífico golpe. Hay que

ser agradecidos, benjamín.

—No veo por qué.

—Porque emprenderla a tiros o luchar con ellos, supondría alertar a la vecindad, y enseguida tendríamos a toda la policía sobre nosotros, porque deben andar rondando. Seguro que esta misma noche, ellos van a bucear. Y tú vas a hablar con Dave Cohen ahora mismo.

—¿Eh? ¿Te has vuelto loco o qué? ¿Bromeas?

—Nadie bromea estando en juego noventa millones. Ni Dave tampoco. No cometerá ningún estropicio mientras estén en juego los millones. Por lo tanto, te comportarás como te voy a explicar. Atiende...

* * *

Jack Sullivan se inscribió en el registro del parador con apellidos franceses.

Se sentó a tomar un aperitivo en una mesa de la terraza. Podía a la vez avistar la puerta de salida y el comedor.

Detener a la banda, estaba ya casi a su alcance, pero Leseaba también poder indicar dónde estaba el blindado con sus cofres. Detenerles e interrogarles no daría resultado...

Se hallaba en esta meditación cuando apercibió a Meg Terry.

Se acercaba al mostrador del gerente, hablaba un instante, y después, con su habitual manera impasible de laminar y mirar, se aproximó a una mesa, cercana también a la puerta y a la escalera.

Sullivan sentía el goce que siempre le acometía cuando se avecinaban momentos de tensión. Ahora tenía al alcance de su mano apresar a la banda.

Pero tenía que estudiar un plan para evitar que ninguno pudiera escapar.

Tomó su aperitivo con gran deleite, y pensó que en ausencia de Dave Cohen, a Meg Terry debía gustarle flirtear, al verla dedicar una ojeada insinuante con mohín invitador al joven boxeador moreno que acababa de descender las escaleras.

Burt Forbes había bajado con cierta aprensión temerosa.

Pero sonrió tranquilizado al ver la actitud de Meg Terry, que, no reconociéndole, parecía invitarle descaradamente a entablar relación.

Cuando él se acercaba a ella, como si se dirigiera a la puerta, Meg Terry mostró un cigarrillo al extremo de sus dedos.

—¿Tiene fuego, por favor?

Presentando su mechero, dijo Forbes:

—Para ti, guapa, tengo una hoguera.

Ella le cogió la mano mientras encendía, y rio como si acabara de oír un chiste estupendo.

Sabía comportarse como una vulgar buscona cuando la ocasión lo requería.

Pero, de pronto, su mano se crispó alrededor de la que le ofrecía fuego. ¡Aquella voz...!

—¡Burt! —exclamó.

En la terraza, Sullivan miraba a Meg Terry. Vio su repentina sorpresa y sus labios redondeados lanzando una exclamación.

Pero se olvidó de todo, porque lo que veía ahora era asombroso.

Por el vestíbulo avanzaba hacia el comedor una silla de ruedas empujada por Kirk Sanders.

Y el que estaba sentado en la silla de ruedas era Dave Cohen.

Meg Terry no estaba aún repuesta de su asombro, cuando al otro lado de la mesa, con su silla rodante, se detuvo Cohen.

Pidió el *gangster*:

—Preséntanos a tu nuevo amigo, Meg.

En voz baja, silabeó ella:

—Es Burt.

Sanders frunció el ceño y Cohen, tras unos instantes de escrutar el deformado rostro, le reconoció.

—¡Vaya, vaya! Progresamos, Burt... con la ayuda de actor. Chico, lo sentí mucho, pero había una barrera de policías por la carretera segunda y no pudimos recogeros.

—Buena idea esta de la silla de paralítico, jefe —trató de decir con serenidad Forbes.

—Tampoco estás tú mal así desfigurado y teñido. Vamos a cenar juntos. Vete a buscar a Ronald.

—Una vez nos has tomado por idiotas, Dave, una vez y no más. Ya no te valdrán más los trucos.

—Estás tú muy valiente, Burt.

—El que todo lo perdió a nada teme ya. He seguido a Kirk y he visto lo que ha comprado. Y quiero mi parte, nuestra parte, la que nos corresponde a Winters y a mí.

—¿Dónde está tu consejero?

—Donde debe. Cualquier cosa que a mí me pase, y él...

—Pero, muchacho, muchacho —atajó cordialmente Cohen—, ¿qué te ha de pasar a ti? Estamos de nuevo reunidos y lo celebro de todo corazón.

—¿Corazón? Tú eres la cabeza, Dave. Y por eso mismo

comprenderás que no valen ahora las sucias trampas. Os debisteis tronchar de risa mientras os largabais con la tajada, pensando en mí, allá tocando la campana como el cretino del pueblo.

—No seas mal pensado, Burt. Es tu mayor defecto, ya que, por lo demás, eres un tío simpático, aunque así, maquillado, das asco. Vamos a cenar.

—Una cena que puede ser de muerte, Dave, si no decides de una vez lo que se debe.

—¿La muerte invitada a cenar? No está mal, Burt. Precisamente hoy estoy de un humor fúnebre. Explícale lo sucedido, Kirk. Tal como nos pasó al entrar en el puente.

Lo hizo Sanders, para terminar diciendo:

—... Has venido, pues, a punto, ya que yo solo para bucear tendría mucho trabajo, y cuantas menos horas empleemos, mejor.

—¡Meg! Vete a encargar una cena, delicada y apetitosa Anda, Meg.

Y Cohen arqueó una ceja, para dar a entender algo a su novia.

Intervino Forbes:

—No es necesario que se mueva ella, Dave. Hay camareros. Si lo que quieres es saber con quién vine, te lo dirán, pero yo antes. Ronald Winters personificó un británico de monóculo, pero a estas horas ya se ha ido del hotel. Está... a la espera de lo que pasa.

—Entonces, ¿tú has venido heroicamente a jugarte el bigote? Es arriesgado, Burt, si estuviera dispuesto a jugar sucio. Mira, ahora vamos a cenar apaciblemente. Luego terminaremos de redondear el asunto. Estamos entre personas cabales, ¿no?

A la señal de Cohen el camarero se acercó a la mesa, tomando notas a medida que cada comensal pedía su menú.

Jack Sullivan se disponía a entrar en el comedor, cuando le detuvo un individuo de rostro alargado y ojos brillantes que acababa de descender de un coche y acudió a la terraza.

—¿Sullivan, Jack?

—Anda... ¿Otro conociéndome?

—Soy detective particular, y he cumplido una misión porque me pagaron bien. Le he seguido desde que atravesó la frontera, Sullivan, y creo necesario advertirle que una joven americana está en aquel coche.

—¿Quién es?

—Se llama Jessica Blending.

—¡Maldita sea!

Apresuradamente se dirigió Sullivan al coche, por cuya ventanilla asomó Jessica.

—Hola, Jack.

—¡No debió venir aquí, Jessy! En el parador hay tres de la banda, y pueden reconocerla.

—¿Solamente tres? Me asomé antes por el otro lado del parador, y el hombre de cara aplastada y pelo negro es Burt Forbes. Son sus ojos, y es él. ¿Qué va a hacer ahora, Jack?

—Pretender detenerlos ahora, podría costar vidas ajenas, porque ellos no titubearán en disparar. Aguardo a que se separen, y le prometo que... ¡Oiga, por favor, que no la vea Forbes!

—Bien, le aguardo aquí mismo.

—Yo voy a cenar para no perderlos de vista, hasta que llegue el momento de actuar.

CAPÍTULO XII

El gerente expuso respetuosamente:

—Doctor, el inglés que cena en su habitación sufre un calambre estomacal y desea ser atendido. Ya que usted nos honra con su presencia esta noche, he creído lógico que...

—Voy. ¿Qué habitación?

—La trece.

—Mal número, si yo fuera supersticioso.

El médico Dugi subió las escaleras acompañado de su inseparable maletín donde tenía todo lo elemental para achaques corrientes.

Llamó a la puerta del cuarto rotulado con un 13 y le abrió Winters en su caracterización de rígido británico.

—Adelante, doctor. Le necesito con urgencia.

—¿Qué le ocurre?

—El estómago. No dispongo de calmantes. Acostumbro tomar belladona, para...

—Cada cual con su profesión. Tiéndase, ¿quiere?

Obedeció el actor, tumbándose en un diván boca arriba.

El médico le auscultó, le hizo mostrar la lengua, le miró las pupilas y por fin dijo:

—Su malestar puede calificarse como imaginario. Ocurre frecuentemente, que por un reflejo nervioso... ¿Por qué me mira con tanto detenimiento?

—Tiene usted mi estatura y cuerpo. Sus cabellos son de fácil imitación. No se mueva, doctor. Lamentaría tenerle que ocasionar un daño irreparable, contra el cual por ahora, nada puede la ciencia médica.

* * *

—Estás nervioso, Burt. ¿Qué te pasa, muchacho? Ya estamos a punto de ser inmensamente ricos.

—Esta cena es odiosa, porque tú y yo fingimos estar alegres, y mutuamente nos acechamos.

—Yo no te acecho, pajarito. Puedes irte, si te molesta estar aquí.

Miró Forbes en derredor, y, al ver en una mesita del rincón al doctor Dugi, se levantó.

—Me voy a la terraza. Me llamaréis cuando hayáis decidido el plan, y tiene que ser claro. Hasta luego.

Se marchó. Ahora sabía que la nueva caracterización de Winters, perfectamente personificado de doctor Dugi, era una seguridad de que todo saldría bien.

En la habitación número 13, el doctor Dugi, sin ropa envuelto en una manta, atado y amordazado, yacía en el armario ropero.

—Mal asunto, Kirk —comentó Cohen—. Tú sabes como yo, que Winters era famoso por sus caracterizaciones perfectas. Nos puede acechar bajo el aspecto menos sospechoso y querer vengarse. Hay que pensar algo para evitar el peligro que supone tener a Winters rondando y pudiendo echar a perder todos nuestros planes.

En la terraza, Forbes se dirigió hacia un rincón sombreado, en forma de glorieta, por entre cuyas rejillas cruzadas brotaban, amortiguadas, las luces rojas y azules de las pequeñas bombillas.

Llamó al camarero, encargándole un coñac doble, y cuando lo tuvo servido, lo bebió ansiosamente.

Oyó un taconeo femenino y pensó en Meg. Pero en el umbral de la glorieta apareció Jessica Blending.

—¿Me invitas a cenar, Burt? —preguntó ella pausadamente.

Pero sus ojos ardían y temblaba la mano que llevaba hundida en el bolsillo de su largo chaquetón.

—¡Jessica! —exclamó Forbes, olvidándose de su maquillaje—. ¡No sabes cuánto ansiaba verte!

—Y yo, Burt. Estás grotesco así.

—Es que... Ya lo supiste, ¿no? Hui... Pero, ¿cómo diste conmigo?

—Dicen que los corazones enamorados estuvieron unidos por un hilo invisible.

—Quise siempre poder explicarte lo que sucedió. Fue un accidente... Perdí los nervios cuando tu hermano se negó a que te siguiera tratando... Escucha, Jessica, haré lo que quieras, pero dame una ocasión...

—Dejaste en Dijon a una pobre muchacha huérfana. Antes de conocerte ella era feliz, Burt.

Forbes se sacó el pañuelo pasándoselo repentinamente por el sudoroso rostro.

Y fue entonces cuando Jessica extrajo del bolsillo el estilete que adquirió pensando hincarlo en el corazón del que asesinó a su hermano.

Emitió Forbes un ronco gemido cuando el frío del acero penetró en su pecho.

Vigilaba la mano diestra de la que había sido su novia, y por el

nerviosismo acumulado desde hacía días, había olvidado que Jessica era zurda.

Demudada, sintió ella que si no caminaba iba a desvanecerse. Anduvo hasta el coche como una muñeca dotada de mecanismos.

Sentándose tras el volante le dijo al detective particular que aguardaba:

—Ya nada tengo que hacer aquí. Dígale a Jack Sullivan que le espero en Dijon, y que le deseo suerte.

Un camarero entró corriendo en el comedor y ante la mirada severa del gerente, trató de dominarse, acercándose a paso mesurado.

—¿Qué modales son esos, Gaston? —reprochó el gerente.

—El secretario del inglés. Muerto. Un puñal en el pecho. Mucha sangre. En la glorieta cuarta.

El camarero se apoyó en el mostrador, mientras el gerente se acercaba apresuradamente a la mesa ocupada por el falso doctor Dugi.

—Por favor, doctor, venga conmigo. Parece que el secretario del inglés está muerto.

Winters se inclinó poco después sobre el cuerpo de Forbes. No le hacía falta ser médico para ver que estaba muerto.

Incorporándose, dijo:

—Yo mismo avisaré al inglés. Lo dejé durmiendo. Mejor que... — y tosió, carraspeando—. He cogido frío, y a eso se debe mi ronquera. No diga nada, que yo me cuidaré de que no la moleste la policía. Iré a decirlo, y mientras, dejen a este muchacho en el cuarto contiguo al del británico.

Perplejo, pensó Winters que nadie se había movido del comedor, durante la ausencia de Forbes.

Los restantes de la banda seguían cenando. Terminaban ya.

Jack Sullivan asistió a los anormales movimientos del camarero, del gerente y del médico. Salió a la terraza.

Se le aproximó el detective particular:

—La señorita Blending se ha marchado. Espera en Dijon, y le desea buena suerte. Dijo que ya no tenía nada que hacer ella aquí.

En aquel instante, Winters pasaba junto a Sullivan. Oyó la referencia de Dijon y el nombre de Blending.

Subió a su cuarto, y desde el teléfono interior llamó a la gerencia:

—Rueguen de mi parte al señor Malers, el periodista, que suba.

El propio gerente avisó a Sanders, y al alejarse, comentó Cohen:

—Este medicucho francés está siempre rondando, Kirk.

—Es nuestra mejor tapadera, Dave. Voy y vuelvo.

Entró Sanders en la habitación número trece. Winters tosía cubriéndose la boca con un pañuelo.

—¿Qué hay, doctor?

El actor Winters tenía excesiva confianza en sus dotes interpretativas. Olvidaba que Sanders había sido entrenado en varias especialidades que exigían mucha concentración observadora.

—Estoy acatarrado, Malers. ¿Sabe lo que ha sucedido? Han matado a Burt Forbes con un puñal. Ha sido Jessica Blending. Abajo hay un individuo que debe ser policía. Viste traje cruzado gris, y tiene perfil de halcón. Le llamaban Sullivan.

El puño diestro de Sanders chocó con rápida contundencia en el mentón del fingido doctor, y Winters cayó de espaldas sobre la cama.

Cuando recobró el sentido, se vio en pijama y atado a la cama, amordazado.

El doctor Dugi terminaba de revestir sus ropas.

—Tu actuación era perfecta, Winters —dijo Sanders— pero faltaba un detalle. Tus manos. Las del doctor lucen uñas muy cortas y sus dedos son más gruesos que los tuyos.

Sanders cerró la puerta de la habitación, desde fuera, guardándose la llave.

—Ahora, doctor, haga lo que le he dicho. Pasó un peligro y se ha salvado. No tiene demasiado a la suerte. Vaya a su casa, y espéreme.

—De acuerdo. Allí estaré. No podía imaginarme que este inglés era...

—Hasta luego, doctor.

Bajó Sanders al comedor, y sentándose junto a Cohen, le entregó la llave.

—Winters está en la habitación trece. A Forbes lo acaba de apuñalar la chica Blending. Se ha ido ella.

—¡Si ella llegó hasta aquí, es que nos ha encontrado alguien más!

—Hay un agente. Aquel de perfil duro, vestido de gris cruzado. Se llama Sullivan, y en el FBI había un tal Jack Sullivan especializado en contraespionaje y en misiones por Europa.

—Bien, bien, Kirk. Todo a las mil maravillas. Desembarazados de Winters y Forbes, ya solo queda invitar a cenar a Sullivan, ya que esta noche la principal invitada es la muerte.

CAPÍTULO XIII

—¿Sullivan?

—¿Otro? —silabeó estupefacto el agente—. Ah, es usted, doctor. ¿Y cómo sabe mi nombre?

—Es lamentable, pero al final mi conciencia ha podido más que mis grandes deseos de llevar a la práctica mi falansterio.

—¡Cáscaras! Si no se explica mejor es como si me hablase en chino.

—Empezaré por el final. Ahora acaban de subir arriba Dave Cohen, su novia y Kirk Sanders. Está prisionero el actor que me imitó. Y yo he decidido que mi deber es cumplir con mi obligación.

—Todo eso está muy bien, pero no entiendo nada, doctor.

—Estaba yo atado arriba, en el armario ropero, cuando el que se hacía pasar por mí, y que fue el que me ató, le dijo a Sanders, que usted, llamado Sullivan, y lo describió, era un agente... porque oyó que alguien hablaba de Dijon y de cierta señorita Blending.

Poco a poco iba comprendiendo Sullivan. El médico terminó:

—Tratarán ahora de matarle, Sullivan. He tenido que avisarle, y es lástima, porque Sanders, el pobre, es un criminal por las circunstancias. Es fundamentalmente leal y casi me duele entregarlo.

—No lo entrega, doctor, por cuanto aquí estaba yo, habiendo encontrado su pista. Cuando termine con este asunto, ya pasaré a verle por su aldea. Ahora es mejor que se vaya.

* * *

Apremió Cohen:

—Pronto, Kirk. Yo bajaré con Meg por la escalera de servicio. Tú, espera en la lancha. Cubriré la senda, y cuando aparezca el agente, no te preocupes que no le fallaré. Tal y como estoy, no le fallaré. ¡Pronto! ¿Lo tienes ya todo?

—Sí. Os podéis ir. Pero creo que deberíamos dejar eso para más tarde. Dejar pasar tiempo. Ahora, nos pueden atrapar. Has de comprender que el agente habrá avisado ya a otros.

Crispó Cohen los puños, golpeando las ruedas de su silla.

—¡Nos sobra tiempo! No discutas, Kirk. Conozco a estos malditos agentes tan bien como tú. Cuando encuentran una pista, la

quieren para ellos solos. ¡Aprisa! Baja también por la escalera de servicio...

—¡Quietos todos...! ¡Disparo al menor movimiento!

Sullivan acababa de irrumpir en la habitación, pistola en mano, entrando por la puerta contigua y comunicante.

Los tres, sorprendidos, se quedaron como estaban.

Cohen, agarrado frenéticamente a la empuñadura de las ruedas, Sanders recogiendo la careta y el soplete, y Meg calándose los cabellos bajo un gorro.

—Me ordenaron que os capturase muertos o vivos. Por lo tanto, dispararé si no obedecéis. Tú, Meg, haz lo que te diga pero con mucho cuidado. Atas primero a Sanders. Coge una sábana y vete torciéndola... Cuidado, mucho cuidado. No os paséis de vivos... o termináis muertos.

—Menos nervios, Sullivan —dijo Sanders.

Había enrojecido. Una íntima vergüenza, que empezó el día en que unos agentes le esposaron. Se veía libre de ella desde que se fugó. Y ahora reaparecía su pasado.

—Ponte junto a Dave, tú, Kirk. Cruzad los dos las manos tras la nuca. ¡Tú, Meg! Haz lo que te he dicho.

—Parece que hemos perdido, ¿no? —gruñó Dave Cohen.

—Ridícula idea esta del carrito de ruedas, Dave.

La mirada de Sullivan abarcaba continuamente a los tres, y su índice estaba doblado sobre el gatillo de la pistola que iba haciendo girar lentamente en vaivén de semiarco.

—Un gran éxito, Sullivan. Te ascenderán... —dijo Sanders.

—Mal rodaste, Sanders. Tu primer delito tenía perdón, en lo que cabía, porque estabas enamorado. Pero enrolarte con esta pandilla, sí que no lo tiene.

—¡Calla! Tú no eres juez, sino instrumento.

Meg Terry iba retorciendo una sábana. Sus ojos no se apartaban del agente, que retrocediendo se acercó a la mesita donde estaba el teléfono interior.

La mesita estaba casi al alcance de su mano, cuando Sanders adelantó una pierna.

—¡Quieto, Sanders! No hay truco posible. ¿Qué pretendías? ¿Empujar el carrito de Dave o lanzarte en carrera suicida a la otra puerta?

Meg mostró la tira de tela, preguntando:

—¿A quién debo atar?

—A Sanders. Y en forma adecuada, porque comprobaré las ligaduras. Haz un lazo que una el cuello con las muñecas. Pásalo

como te digo, Meg, y si pretendes algún truco me obligarás a balearte.

—¡Deja en paz a mi chica, polizonte! ¡Meg! Ata concienzudamente a Kirk. Este fulano está muy nervioso y es capaz de disparar si oye zumbiar un mosquito. Anda, polizonte, telefonea ya, para pedir refuerzos.

—Tú, Sanders, apártate ahora del carrito, y colócate junto a la cama. Tú, Meg, vete atándolo bien. Y tú Dave, levántate y ven acá.

Rio estridentemente Cohen. Lágrimas de furor se agolparon en sus ojos, aunque seguía riendo.

Tras un tenso silencio en que solo se oyó su aguda carcajada, dijo:

—Si pudiera levantarme... ¿crees que ibas a seguir ahí sintiéndote el amo?

—¿Qué comedia es esa?

—Tengo las piernas muertas... ¡paralíticas!

Esto no se lo había explicado el doctor a Sullivan.

Los ojos de Cohen brillaron de pronto intensamente y tuvo que mirar hacia otro lado.

Por la misma puerta por la que había entrado Sullivan acababa de asomar ahora un brazo armado.

Y a espaldas de Sullivan que, lentamente tanteando buscaba el teléfono, apareció un individuo pisando sigilosamente.

Se abalanzó, cogiéndole por detrás el brazo armado, y aplicándole en la muñeca una ruda torsión.

Rápidamente entraron cuatro individuos más.

Vestían todos el uniforme de la policía suiza.

Encañonaron sus pistolas hacia los otros tres, mientras el hércules que había atacado por sorpresa a Sullivan lo derribaba.

Y en segundos se encontró Sullivan esposado y puesto en pie por el coloso.

—Vaya... —sonrió algo irritado—. En el fondo, no puedo ofenderme. Han llegado a tiempo. Yo soy Jack Sullivan, agente federal norteamericano, con misión de capturar a estos, que son, respectivamente, Dave Cohen, el del carrito, su novia Meg Terry y Kirk Sanders. Comprueben mi documentación y quítenme las esposas.

De los cuatro intrusos, dos se colocaron a los lados de Cohen y Sanders. El tercero, tras Meg Terry.

El otro, de cuadrada mandíbula, ojos fríamente grises y envarado torso, avanzó hacia Sullivan.

—Gracias por su labor, agente yanqui.

Hablaba un inglés gutural con desinencias alemanas. Añadió:

—Somos, en cierto modo, colegas, puesto que yo soy Hans Falken, del Servicio Secreto alemán. Nada le pasará, agente Sullivan, pero necesito obtener unos documentos muy importantes para mi servicio, y que están en el blindado que estos pistoleros asaltaron en Dijon.

Dave Cohen rio a borbotones:

—¡Tiene gracia! ¡Esto sí que es bueno!

Atajó secamente el alemán:

—Puede serlo para usted. Cuando nos entregue los documentos que quiero, entonces estará libre de hacerse matar donde prefiera.

—¡Ey, ey! —exclamó Sullivan—. Estos tres son criminales fugitivos.

—Es un asunto totalmente ajeno a mi interés. ¡Helmut! Custodia al agente. Si intenta gritar, amordázalo, aunque creo preferible que...

El otro espía ya había comprendido. Alrededor de la boca de Sullivan se cerró una tupida tela que quedó anudada en su nuca.

Dijo Falken:

—Compraron un soplete y una careta de oxígeno. Por lo tanto, el blindado está bajo el agua, y saben dónde está. Vendrán con nosotros y bucearán hasta extraer lo que nos interesa. Es una cajita plana conteniendo documentos relativos a cierto plan defensivo de la costa sur francesa. Apenas esté la cajita en mí poder, nos iremos, ya que el resto no nos importa ni incumbe a nuestra misión.

—¡Magnífico! —exclamó Cohen—. Son ustedes nuestros salvadores, amigos.

—Ni somos sus salvadores, ni mucho menos, sus amigos —rebatíó altivamente Falken—. En esta ocasión, sus intereses han coincidido con los nuestros, favoreciéndole. Cada uno de ustedes tres irá acompañado por uno de mis compañeros, y es inútil advertirles que sería suicida intentar la menor jugada sucia. Tenemos una canoa policial abajo, en el lago.

Intervino Cohen:

—Yo no puedo andar. Mis piernas no funcionan.

—¡Helmut! Cuídate de llevarle en su silla, y vigilarle.

Esperaréis en la orilla.

CAPÍTULO XIV

Helmut quedó junto a la silla de ruedas donde se sentaba Cohen, mientras los otros tres alemanes entraban en la canoa rapidísima en la que habían venido.

Llevaron a remolque la otra canoa que Sanders tenía destinada para la extracción del contenido del blindado.

Mientras la estela surcando de blanco las aguas ya ennegrecidas por la noche iba alejándose, la mente de Cohen trabajaba activamente.

Pensó que los alemanes una vez obtenido lo que deseaban, les suprimirían a todos ellos como testigos innecesarios.

Y súbitamente el nerviosismo de Cohen transmitió a sus piernas un estremecimiento que empezó siendo un hormigueo sanguíneo.

Apoyó los tacones contra el filo del reborde bajo del sillón, y se dio cuenta que notaba la presión. Hasta entonces, sus piernas le habían parecido de algodón.

Ahora... ¡las notaba! Fue apoyando con salvaje alegría los tacones, preparado a actuar cuando tuviera la certeza de que no era una sensación engañosa.

Para ocultar su creciente nerviosismo, habló cordialmente:

—Si necesitan tipos eficaces, me gustaría enrolarme.

Tras él Helmut permaneció impassible, como si contemplara la naturaleza en tinieblas. A lo lejos, se percibía el leve halo del foco de canoa tripulada por los agentes alemanes.

Preparándose, añadió Cohen:

—Me gustaría estar en la banda de ustedes, la que empezó a organizarse en Múnich, bebiendo cerveza, bajo el mando de un tipillo con bigote llamado Hit...

La diestra del alemán se aplastó sobre la boca del pistolero que asió la muñeca y con todas sus fuerzas, apalancó, proyectando a Helmut por encima suyo.

El inesperado ataque que hizo caer de espaldas a Helmut, lo entonteció al chocar su cabeza contra el suelo. Con saña furiosa los dos pies de Cohen machacaron incansablemente el rostro del alemán, asestándole alternativamente puntapiés en las sienes.

Resoplando fatigosamente Cohen se apoyó en la silla. Helmut yacía muerto, convertida la cabeza en pulpa sanguinolenta.

Mostrando el resto del espigón asomando a ras de las quietas aguas, dijo secamente Sanders:

—Aquí es.

Parando el motor, dijo Falken:

—Cumpla lo convenido.

Al quedar en pantalón de baño y ajustándose las aletas a los pies, preguntó Sanders:

—¿Cómo es exactamente el cofre que quiere?

—Una caja plana de metal forrado de cobre, con guardas y cantoneras de bronce. Tiene dos cadenas en torno, y un triple cerrojo. Lleva una placa grabada que dice: «E. M. 15 DIV».

Se colocó Sanders las abrazaderas que sustentaban en sus espaldas los cilindros de oxígeno. Se ajustó la careta con el tubo, dejándose luego resbalar por el borde de la canoa, sujetándose con una mano.

Uno de los alemanes le tendió el soplete especial. Otro le abrochó alrededor del cuerpo el cinto con dos anillas, a través de las cuales pasaban los recios bramantes delgados que se enrollaban en el torno de izamiento.

Falken le comunicó pausadamente:

—Cuando quiera subir deprisa y ayudado, tire de la cuerda derecha.

Oyóse un gorgoteo y Sanders desapareció hacia abajo.

Los tres alemanes no miraban siquiera a Meg Terry, sentada junto al torno, y no obstante ella se daba cuenta que era vigilada con suma atención.

El halo del foco se dirigía hacia el sitio en el que acababa de sumergirse Sanders.

En el cuarto del hotel, Jack Sullivan miró en derredor hasta encontrar un lápiz atravesado sobre un bloc. Lo mostró con las manos juntas, y el alemán asintió. Escribió Sullivan en alemán:

«Entendí lo que dijo su jefe, colega. Cuando en la playa él iluminase su linterna dos veces, usted fuera allá; pero ignora *herr* Falken que junto al sitio dónde está el blindado hay agentes del servicio francés que...»

El alemán leyó primero de reojo, receloso. Después se inclinó.

Los dos puños esposados con los que iba escribiendo dificultosamente Sullivan se levantaron con duplicada fuerza, natural y metálica, chocando bajo el mentón del germano.

Repitió Sullivan su golpe doble contra las mandíbulas y el estómago del alemán que se desplomó conmocionado.

Bajó Sullivan corriendo por la escalera de servicio. Su entrada en la cocina suscitó gran asombro. Aplicando el bloc sobre la mesa, fue escribiendo:

«Los cinco supuestos policías suizos, son espías alemanes. Arriba queda uno. Soy agente americano. Quítenme la mordaza y traigan una lima, pronto, o registren al alemán, en busca de llaves esposas».

* * *

Kirk Sanders atrajo hacia su pecho por tres veces la cuerda de su diestra. Tenía bajo el brazo el cofrecito marcado con la placa: «Estado Mayor. División 15».

Un alemán maniobró en el tomo, y poco después, a la luz del foco, emergía chorreante Sanders.

Falken, arrodillado, cogió ansiosamente la caja-cofre, la examinó, y por fin aprobó en solemne cabezada.

Meg Terry, ayudada por un alemán, llevó el torno a la otra canoa. El germano, galante, le tendió la mano para acompañar su paso a la canoa en remolque, quitando el cable de enlace entre ambas.

Los tres alemanes se alejaron en su canoa rápida.

Encendió Meg el foco. Sanders, apoyado en el borde, y quitada la careta, aspiró el aire legítimo. Dijo satisfecho:

—Fueron leales. Han cumplido.

—Aprisa, Kirk. Hay que sacarlo todo, aprisa.

* * *

Dave Cohen veía acercarse la canoa y las tres siluetas de los alemanes. Cuando vieran a su compañero muerto, tomarían represalias.

Cohen abrió fuego con sádica complacencia, apuntando con lenta precisión. Sus balazos perforaron el estómago y centro de la cara de los que estaban saltando a tierra.

Corrió Cohen hacia la canoa cuando ya el cargador estaba vaciado. Y empujando con el pie al único que quedaba derrumbado

sobre la borda, viró la canoa.

A toda marcha llegó junto a la canoa ocupada por Meg, y paró bruscamente. Saltó a la otra, al quedar juntas, de costado.

—¡No estoy paralítico! ¡Maldito medicucho...! Dame el fusil ametrallador. Vendrán los otros, pero tenemos tiempo. Dame el ametrallador...

Obedeció Meg contenta.

—¡Ya estás del todo bien, Dave! Huiremos con esta misma canoa. ¡Hemos conseguido lo que querías!

—¿Y el buzo?

—Va atando los cofres a los bramantes.

Sanders oyó el trepidar de otra canoa sobre su cabeza. Le extrañó, y atrajo hacia su pecho la cuerda de señal.

Meg maniobró el torno, mientras Cohen miraba hacia la oscura orilla ametrallador en ristre.

Emergió Sanders y al ver a Cohen, exclamó tras quitarse la careta:

—¡Pero...! ¿Cómo lograste...?

—¡Maldito seas tú y el medicucho! ¡Quisiste engañarme!

—¡Aprisa! —hostigó Meg—. Hay ruido de motores en la orilla.

—Están ya todos los cofres enlazados fuertemente. No hay más que izarlos —dijo Sanders.

El fusil ametrallador enfocó al ex agente vomitando llamas y plomo. Cohen iba diciendo:

—¡Imbécil! Eras muy listo, ¿eh? Yo paralítico, ¿no? Eso es lo que me hiciste creer, canalla.

Cesó el crepitar del ametrallador y oyóse el zumbido, aproximándose, de una canoa motora.

Rotos el cráneo y el pecho, Sanders fue resbalando dentro del agua.

—¡El torno, Meg!

—No puedo, Dave. Pesa mucho. Algo debe interponerse.

Los cofres estaban sujetos, pero al salir por el boquete del techo del camión blindado, los bramantes, reteniendo el cadáver de Kirk Sanders, formaron un amasijo que puso en cuña a dos de los cofres, bloqueando el paso a los demás.

Salvajemente, apagó Cohen a balazos el foco. Corrió hacia el torno, apartando a Meg.

La canoa iba acercándose. En ella, Sullivan barrió con el foco la cubierta de la canoa donde desesperadamente Cohen trataba en vano de izar los cofres, taponando el boquete de salida el cadáver.

Meg apuntó su pistola hacia el foco que la deslumbraba.

Sullivan disparó hacia Cohen que, al blanquearle el foco, se tiró al suelo.

Un sollozo de furor arañó la garganta del pistolero.

—¡Tenemos que escapar, Dave! —gritó ella, también tendida, al fallar su tiro.

Y empujó la palanca de marcha.

El estirón brusco de la canoa al arrancar, hizo saltar el torno de sus engarces, precipitándolo al lago.

Arrodillada, iba conduciendo Meg, y su boca cerca del oído de Cohen trató de consolar la furia del hombre al que amaba:

—Estamos con vida, Dave, y ya no estás imposibilitado para andar. Daremos otro golpe mejor, porque te sobra talento.

La abofeteó él varias veces, gritando:

—¡Calla, estúpida, calla!

La canoa pilotada por Sullivan era un fuera-bordo, que iba ganando velocidad a medida que la orilla opuesta se acercaba.

—¡Dispara, Meg! —gritó Cohen, cuando la canoa en que iban chocó contra las protecciones de caucho del desembarcadero, en la orilla opuesta al parador—. ¡Mátalo, mátalo!

Saltó a tierra Cohen, mientras ella apuntaba hacia el fuera-bordo, que materialmente se precipitó contra la canoa, empostrándose en ella.

Y al poner pie en tierra, Cohen dobló las rodillas, cayendo tendido. El golpe contra el suelo, inesperado, le dejó medio inconsciente, y en su estado de semiconsciencia, pretendió huir.

Pero sus piernas ya no le obedecían.

El *shock* nervioso había pasado, y la parálisis se adueñaba definitivamente de las extremidades inferiores de Dave Cohen.

Cuando recuperó por completo el sentido, estaba sólidamente maniatado. Vio frente a sí a Sullivan, y escupió espumarajos de rabia.

—Caíste para siempre. Cohen. Irás ahora bien custodiado, en avión, a sentarte en la silla eléctrica.

—¿Y Meg?

—Me iba a acribillar, más valiente que tú... y el fueraborda la impidió matarme, chocando contra ella. No ha sido agradable, como tampoco lo será sentar a un paralítico en la silla eléctrica.

* * *

Tres meses después las notas sociales de una revista de San Francisco anunciaban la boda de Jessica Blending con un tal Jack

Sullivan, de profesión desconocida, al que citaban como «deportista bien conocido».

Demostrada la no participación material de Ronald Winters en los dos estrangulamientos del presidio y los crímenes de Dijon, el grupo escénico de los presidiarios de Sing-Sing progresa mucho bajo la enseñanza de Ronald Winters, director vitalicio teatral a perpetuidad.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España